

# La intuición de la gacela

*Extracto*

*José Luis Fernández Salinas*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

ISBN: 9798477737369  
Depósito legal: M-000793/2021

© José Luis Fernández Salinas, 2021

Todos los derechos reservados

Este libro está dedicado a mi madre, probablemente la persona que más ha influido en lo que me he convertido y que no ha podido ver esta obra terminada.

## **AGRADECIMIENTOS**

A Imma y Maluy por las críticas feroces que unas veces escuché y otras no, a José Miguel Puerta por las magníficas traducciones de los versos de Ibn Ahlá, a Manuel Sánchez por guiarme en la investigación medieval, a todos los medievalistas y arabistas que he consultado en el camino y sobre todo a mi mujer, que siempre está conmigo cuando lo necesito.

# La intuición de la gacela

*José Luis Fernández Salinas*

## Capítulo 1

8 de octubre de 2048.

Faltan 125 días para llegar a Marte.

Nunca imaginé que limpiar sangre en ingravidez sería tan complicado.

Creo que cuando tomé la decisión, no me paré a pensar en los daños colaterales. Acuchillar un corazón vivo en ausencia de gravedad hace que la última sangre bombeada salga disparada con fuerza, manchando cualquier superficie. Además, creo que al introducir el cuchillo solo rasgué el corazón. Cosas del directo. Tuve que remover el arma una vez dentro para conseguir que se parara. Esos últimos latidos provocaron que saliera más sangre que si hubiera sido una cuchillada limpia.

Quizá tenía que haber buscado un método menos llamativo, más... sutil. ¿Cómo no lo he visto venir? No debo cometer ese tipo de fallos, me restan credibilidad ante los demás.

La pared que estaba justo frente a él se ha llevado la peor parte, un

chorro de sangre viscosa que ha impactado directamente en la consola, salpicando los paneles de todo el habitáculo. Han estado frotando durante más de tres horas cada gotita que se ha estampado contra las paredes de la estancia. Cada pequeña salpicadura y cada mancha suponía un riesgo para el delicado equipamiento que nos mantiene con vida en esta caja de metal, plástico y cerámica que nos aleja del planeta Tierra.

La pantalla ha sido fácil de limpiar, pero han tenido que desmontar el teclado entero para asegurar que no quedara ninguna tecla atascada al secarse la sangre. Estaba por todos lados, incluso en la parte posterior de cada una de ellas. Los fluidos se han abrazado al plástico de las piezas, colándose por las rendijas más diminutas. Por suerte, han actuado rápidamente para evitar un desastre y no hemos tenido que lamentar pérdidas en los dispositivos de la nave. Los chequeos realizados tras la intervención han dado resultados dentro de los parámetros.

Por un momento se me ha pasado por la cabeza ayudar al resto del equipo con las tareas de limpieza, pero he preferido centrarme en el verdadero problema al que nos enfrentamos. Ya no hay vuelta atrás en nuestra relación, está definitivamente rota y no tiene sentido esforzarse en hacer equipo con ellos. Tampoco es que me importe, ahora el poder fáctico de la misión es mío y ponerme a limpiar me convertiría en uno de ellos.

Imagino lo que pasaba por sus cabezas mientras limpiaban, allí encerrados conmigo en unos metros cuadrados, sin posibilidad de escapar durante meses. Yo estaba trabajando en otra consola y de vez en

cuando los veía mirándome disimuladamente, con más miedo que respeto. Seguro que no es sencillo pasar el tiempo que nos queda en esta lata, surcando el espacio vacío, con una persona que ha acabado con la vida de un miembro de la misión a sangre fría. Qué inocentes, todavía no lo saben, pero tienen una dura misión que cumplir, incluso más dura que la simple supervivencia en un planeta totalmente hostil a la vida.

Ya no puedo concederme más errores, ha llegado el momento del liderazgo, del triunfo de la razón sobre la estupidez, sobre el egoísmo. Mi momento. Ya han caído las máscaras, he abandonado definitivamente esa farsa de amistad que estaba simulando con ellos, ahora debo ser su líder.

Una vez concluida la misión de limpieza, el equipo se ha retirado a descansar, o quizá a conspirar, lo averiguaré más tarde. Todos menos yo. No puedo permitírmelo. Sus vidas y la continuidad de la raza humana dependen de mí. Tenemos un problema y solo un plan bien trazado puede ayudarnos. He revisado los resultados de los tests de nuevo, y luego otra vez, y luego los he vuelto a revisar. Los datos no mienten. Si no hacemos algo para evitarlo, es totalmente imposible llegar a Marte con vida.

Sin mí, la humanidad está perdida.



## Capítulo 2

Arrabales de Lurqa, 23 de junio de 1244.

—Madre, traigo noticias.

Muhammad ibn Alí ibn Ahla abú Abd-Alláh era un hombre alto y bien fornido. Su tez morena contrastaba con sus ojos color miel. Su larga y puntiaguda barba, perfectamente recortada en un triángulo, continuaba de forma natural las facciones que eran a la vez firmes y serenas. El arráz de la medina de Lurqa vestía pantalones altos color caqui que se unían con un fajín bermellón a una camisa color crema que a su vez estaba decorada con finos bordados en los bordes de las mangas y el cuello. El pelo, de un negro intenso, apenas se dejaba ver bajo un turbante de color blanco. A pesar de haber pasado ya los sesenta años, era todavía corpulento y ágil. Caminaba seguro, con la mirada fija en su objetivo. Una mirada firme e inquisitiva.

A su paso, despertaba la admiración de los habitantes de la medina

que todavía cuchicheaban sobre su habilidad para conseguir la independencia del emirato cercano de Al-Mursiya junto a Mula y Qartayannat al-Halfa hacía ya cuatro años. Esa admiración era provocada no solo por el simple hecho de haber comandado la rebelión, sino por haber plantado cara a los emires Ibn Hud al-Dawla y Zayyán ibn Mardanish que, bajo el parecer de la población de la comarca, estaban entregando voluntariamente el gobierno de sus ciudades a los reyes cristianos.

—Hijo, ven junto a mí, mis piernas ya no están tan ágiles y en este lugar mi espíritu se siente más cerca del amor de Alá.

Nabiha era la madre de Muhammad y siempre había sido una gran influencia para su hijo, que la consideraba una mujer inteligente y que siempre acudía a ella para asegurarse de que estaba obrando correctamente. En los últimos años, particularmente desde que rechazaron firmar el acuerdo de capitulación con los cristianos, se había apoyado mucho en ella. Confiaba en su criterio, firme pero sensato y cuando tenía dudas siempre bajaba al palacio para consultarla o conseguir un refuerzo de sus ideas, cosa que no siempre ocurría.

Era una mujer que, aunque casi alcanzaba la improbable edad de noventa años, aún conservaba una increíble belleza. Sus ojos de un azul claro hipnotizante y un pelo cano que caía por su espalda la distinguían de la mayor parte de las mujeres de procedencia africana, quizá porque ella tenía antepasados cristianos. Su abuelo, de origen vasco, había huido a los reinos del sur de la península tras haber mancillado a algunas princesas cristianas. Allí, tras haberse convertido convenientemente a la religión de los mahometanos, había encontrado

el amor en una joven perteneciente a la nobleza del emirato.

Nabiha estaba sentada en el extremo sur de la alberca que decoraba el centro del patio del palacio. En el centro de esta se encontraba una pequeña fuente con un chorro vertical por el que brotaba el agua rompiendo el silencio y refrescando el ambiente. El conjunto proporcionaba paz al atardecer de los días de calor que ya empezaban a asomar en un verano incipiente y que se anunciaba particularmente caluroso.

El agua, procedente del río Oued al Lentin y conducido por la acequia de Alcalá, regaba con sus transparentes aguas el patio del palacio de la familia del arráz de Lurqa. Ellos apreciaban más que nadie la posibilidad de poder disfrutar del placer del agua mansa en una región parca en lluvias y proclive a ocasionales crecidas que provocaban no pocos desmanes.

Rodeando a la alberca, un camino de baldosas de mármol blanco daba paso a un bien decorado jardín sembrado con olorosos jazmines y mirtos. Solo el aroma al entrar en él producía una sensación de calma muy agradecida por la familia. El lugar en el que se sentaba permitía ver a cualquier persona que entrara en el patio a la vez que disfrutaba de las mejores vistas de la flora que lo poblaba. Nabiha escogía siempre ese pequeño banco de piedra porque la ayudaba a sentirse más cerca del creador. Muhammad se acercó y se sentó junto a ella.

—Que la paz de Alá esté contigo, madre.

—Y contigo, hijo. Cuéntame, ¿Qué nubla tu espíritu?

El rostro del arráz no podía ocultar la preocupación. Su madre,

siempre atenta, lo había percibido desde que lo vio entrar al jardín.

—Las huestes del infante Alfonso, hijo del rey cristiano de Castilla, están cercando la noble alcazaba de Mula y sospecho que están próximas a tomarla por la fuerza, dada la acumulación de tropas que se dirige a ella en los últimos días. Nuestros hermanos llevan varios meses sitiados y me consta que Abú l-Hasán no va a rendir la plaza por mucho que lo sigan presionando los infieles. El sitio ha durado ya 3 lunas y aunque todavía aguantan nuestros valerosos hermanos, sus reservas de comida y agua no durarán mucho tiempo más, madre.

El arráez hizo una pequeña pausa antes de continuar. Su madre intentó averiguar si era miedo o preocupación lo que ensombrecía su rostro.

—Hemos enviado un pequeño contingente para estudiar al ejército cristiano —continuó Muhammad—. Hablan de varios miles de hombres bien armados y organizados. El miedo se está empezando a extender entre las tropas y en Mula no creen que puedan resistir durante mucho tiempo un ataque de unas huestes bien preparadas.

—No es la primera vez que intentan tomar nuestras tierras, hijo. Desde que bendicimos esta tierra para Alá, los conflictos con los cristianos han sido continuos y siempre hemos salido victoriosos.

—Es cierto, madre, pero también es cierto que las tropas de Alá hace mucho que no son las que otrora conquistaron Al-Ándalus. Los imperios han ido cayendo, los cristianos han ido ganando territorio y ahora pasamos más tiempo luchando entre nosotros y rindiendo plazas a los infieles que rezando a Alá.

—Hijo mío, ¿qué tratas de decirme?

—Madre, hemos resistido en esta ciudad durante cientos de años. La hemos amurallado y hecho de ella una de las ciudades más maravillosas y fuertes de Al-Ándalus. Hemos luchado una y otra vez con unos y otros, y resistido sin problemas junto a los hermanos de Mula, hemos expulsado a los radicales almohades y resistido revueltas, nos hemos independizado de Al-Mursiya y rechazado pactos con los nobles del norte.

—Y sin embargo tienes miedo —interrumpió ella.

—No tengo miedo, madre. Sé que cuando llegue el momento de rendir cuentas con Alá será con mi alfanje en la mano defendiendo la tierra que nos vio nacer. No me da miedo la muerte. Lo que siento es que ya no vamos a poder seguir resistiendo y que nuestro tiempo en esta tierra regada por la mano de Alá se ha terminado. Que nuestra cultura se ha llenado de impíos que no temen pactar con infieles para mantener su poder y su riqueza y que cada vez importa menos seguir las palabras del Profeta que nos trajo aquí y más mantenerse en el poder a cualquier precio.

—Hijo, en repetidas ocasiones hemos solicitado ayuda a nuestros hermanos en la fe de Al-Magrib que han acudido a ayudarnos a defendernos de las invasiones bárbaras de los cristianos. Hasta ahora siempre hemos mantenido nuestra plaza sin grandes dificultades.

—Cuando nuestros hermanos han venido no ha sido a ayudarnos, madre. Han venido a conquistarnos. Y en las últimas generaciones han pasado por aquí tantas interpretaciones de la palabra de Alá que soy incapaz de enumerarlas y de entenderlas. Al-Mursiya se ha rendido a

los cristianos y junto a ella, casi todas las ciudades que otrora resistieron sin esfuerzo las embestidas del enemigo infiel han firmado el tratado por el que se someten al rey Fernando. Estamos prácticamente rodeados por tierras que les pertenecen o les rinden pleitesía. ¡Pero si hasta Qurtuba, la ciudad santa, la joya del imperio, ha caído en manos cristianas!

Nabiha escuchaba paciente a su hijo. Su mirada tranquila contrastaba con los desorbitados ojos de Mohammad que, en pie junto a ella, agitaba los brazos y gesticulaba en una suerte de representación de lo que en su mente era una traición a Alá.

Ella hizo un gesto a una esclava. Enseguida se acercó con un anafre que llenó con unas brasas al rojo vivo. Otras dos esclavas trajeron una tabla de madera en la que comenzaron a depositar trozos de carne de cordero, cilantro y jengibre.

Cuando Mohammad vio que sacaban un trapo limpio pensó en lo inteligente que era su madre. Había ordenado preparar Tafaya blanca, su plato favorito. Probablemente ella ya había adivinado que vendría con el gesto torcido y sabía cómo conseguir que eso cambiara conquistando su estómago.

Pusieron al calor de las brasas una olla de barro con agua y aceite y recogieron los ingredientes en el interior del trapo. Una vez anudado lo metieron dentro de la olla y lo dejaron cocinar un rato. Mohammad miró a las esclavas, era la primera vez que se fijaba en ellas, aunque trabajaban para la familia desde hacía varios años. Todas eran rubias y de tez clara, obtenidas sin duda en alguna razia contra los reinos enemigos que eran tan habituales en ambos bandos.

Estaba seguro de que habían sido seleccionadas para trabajar en el palacio de la familia regente en la ciudad como forma de demostrar el poder dominante sobre los cristianos.

Una de ellas se quedó de rodillas frente al anafre preparando el guiso mientras las otras se retiraban. Mohammad y su madre la observaron en silencio durante unos minutos. Cuando consideró que el agua había adquirido el sabor suficiente, sacó el trapo y desechó todo lo que contenía excepto la carne, que volvió a meter, dejándola cocer. La esclava parecía hábil con la cocina y él, curioso, decidió interrogarla.

—Dime, ¿cuál es tu nombre?

—Yasmina, mi señor.

La esclava rondaría unos 40 años y salvo por el color de su pelo y el tono de su cara, nadie diría que procedía de los reinos cristianos. Vestía como cualquier habitante de la ciudad, hasta se le podía apreciar una cierta clase derivada de haber trabajado durante décadas en el palacio. Sus movimientos, sus gestos, su mirada. Todo parecía indicar que se trataba de una persona nacida y criada entre sarracenos. Quizá aquello fue lo que llamó la atención de Mohammad.

—No. Me refiero a tu nombre de nacimiento, aquel que te dieron tus padres en los reinos cristianos.

Tras una leve pausa y con un susurro de voz extrajo de su memoria un leve rumor de la persona que era en su juventud.

—Isabel, mi señor. Pero hace mucho de aquello y no guardo ningún recuerdo de mi infancia—. Se apresuró a completar.

—Dime Isabel, ¿eres feliz aquí?

La esclava, paralizada por el miedo y la timidez, agachó la cabeza y calló durante unos segundos. Llevaba muchos años trabajando para las familias nobles que se habían sucedido en aquel palacio y, aunque tenía cierta confianza con Nabiha, nunca se había dirigido al arráez de la medina. Sabía que tenía que decir algo, pero no conseguía encontrar las palabras adecuadas para no comprometerse. Finalmente, y con timidez, tartamudeó en voz baja.

—Soy muy feliz, mi señor.

—No tengas miedo —dijo Muhammad, tratando de calmarla—. Puedes decir lo que piensas de verdad, puedes estar segura de que no habrá represalias.

La sirvienta levantó la cabeza y lo miró fijamente con sus brillantes ojos verdes.

—El trabajo aquí ha terminado gustándome, mi señor arráez, una vez he abrazado la verdadera fe y he descubierto la alegría del auténtico Alá. He sido tratada muy bien y agradezco poder servir a la poderosa familia que gobierna esta maravillosa ciudad—. Finalmente se atrevió a añadir unas últimas palabras—. Apenas guardo nada de mi vida anterior, pero recuerdo que al principio fue duro, tenía apenas 6 años cuando fui capturada y traída al sur.

—¿Dónde vivías antes de venir aquí?

—Muy lejos, dentro de los reinos cristianos de Navarra. No recuerdo cómo se llamaba mi ciudad.

—Y allí, ¿eras feliz?

—Recuerdo que vivíamos en una granja cerca de una pequeña



medina cristiana. Teníamos unos animales con los que me gustaba jugar, gallinas y algunos patos. Supongo que una niña es feliz siempre que pueda jugar —la esclava se dio cuenta de que quizá estaba pareciendo demasiado melancólica y rápidamente cambió el tono—. Aunque no tan feliz como lo soy aquí, mi señor.

—¿Te gustaría volver?

—Allí no me espera ya nada ni nadie, solo quedan pecadores cristianos. Aquí soy feliz y vivo con más de lo que tenían mis padres en aquella pequeña granja. Doy gracias a Alá el altísimo y al arráz por permitirme trabajar en tan suntuoso palacio.

—¿Sabes que mis antepasados eran cristianos? ¿Que se convirtieron a la religión verdadera aquí en Lurqa, después de que vivieran en paz durante siglos entre los descendientes de Tariq?

—No lo sabía, mi señor.

—No tengo ningún tipo de recuerdo, ni tradición de ellos. Se han perdido como las flores marchitas que arrastra el viento.

La esclava calló.

—¿Deseas que los cristianos, tus antepasados, vengan y ocupen la ciudad? —preguntó Muhammad, cambiando el tono.

Se sintió presionada, pero salió del apuro hábilmente

—Si vienen los cristianos y toman la ciudad destruirán y matarán todo lo que hallen a su paso, sin preguntar si es mahometano, judío o cristiano.

La esclava sirvió dos platos de Tafaya blanca y los entregó a

Mohammad y su madre que comieron en silencio, cabizbajos y pensativos.

Al cabo de unos minutos, Nabiha continuó la conversación con más intensidad de lo que había terminado antes de la comida, como si hubiera estado discutiendo mentalmente con alguien, como si hubiera endurecido su opinión.

—Aquellos que han rendido sus plazas a los infieles caerán al Yahannam al cruzar el Sirat y sus almas se quemarán junto a las de los cristianos, hijo. Algunos piensan que la entrega de las ciudades a los hijos del rey cristiano es solo una forma de ganar tiempo para arrebatarlas después, cuando menos lo esperen. Yo creo que es un acto de cobardía que no nos podemos permitir. Hay que saber cuándo hay que plantar cara a los invasores y marcar una línea, sin importar las consecuencias.

Se detuvo unos instantes. El esfuerzo, aunque breve, pasó factura y se notó fatigada. Depositó el plato en el suelo, junto a sus pies, pero rápidamente fue retirado por las esclavas que desaparecieron en cuanto el protocolo lo permitió. Tras ello, el arráez continuó.

—El acuerdo que firmaron los hermanos de Al-Mursiya es mantener nuestra religión y costumbres, nuestros gobiernos y nuestros reyes a cambio del pago de tributos y de ceder algunas Alcazabas. El rey cristiano sabe tan bien como yo que es cuestión de tiempo que el pacto se rompa y así tener una excusa para caer sobre ellos y borrarlos definitivamente de nuestras tierras. Es una cuestión de tiempo—. repitió.

—Es tu obligación como arráez de esta noble ciudad mantener la

medina libre de invasores y defender junto a nuestros hermanos de Mula y Qartayannat Al-Halfa las tierras de Alá.

Nabiha miraba a su hijo con aquellos ojos que a él tanto le habían marcado. Siempre que le reñía cuando era niño, se tenía que enfrentar a aquellas perlas de color azul claro. Por alguna razón, a él le asustaban y hacían que perdiera la valentía que le había llevado a cometer alguna travesura.

Todavía seguían produciendo la misma sensación que cuando le reñía por haber roto un cuenco o por no atender en la mezquita aljama en sus años jóvenes. Recordaba la energía que siempre tuvo su madre y que ahora se deshacía lenta, pero inexorablemente.

Las dudas se esfumaban tan rápido como habían llegado gracias a esa fuerza que recibía de ella.

—Así será, madre, mi fe es fuerte y sé que Alá está conmigo. Lucharemos por defender las posesiones de los herederos del Profeta hasta el último suspiro.

Muhammad, ahora cabizbajo, se acomodó junto a su madre y le tomó la mano. Ella, con expresión dulce y cansada continuó.

—Hijo mío, la caída de Qurtuba también es una sombra en mi corazón. Aún recuerdo la primera vez que recorrí sus innumerables calles y cómo quedé maravillada por lo que nuestros hermanos habían conseguido desde que el Profeta nos condujo a esta tierra. Tan grandiosa es la gran mezquita que parece que ha sido diseñada y construida por Él mismo. Pasear entre sus columnas es como estar en el paraíso junto al creador, rodeado de palmeras. Nada puede superar el

esplendor de la ciudad santa y sufro cada vez que pienso que los impíos cristianos mancillan con sus sucias manos la obra de nuestros antepasados.

Nabiha hizo una pausa y durante unos segundos rezó en silencio.

—Sé que te preocupa lo que pueda ocurrir, pero no tenemos otra alternativa que seguir adelante y enfrentarnos al rey cristiano. ¿Quién velará por nuestras costumbres si no lo hacemos? ¿Quién defenderá las otras grandes ciudades de nuestra tierra como Isbiliya o Gharnatah?

—El poder en Isbiliya se está desmembrando y Gharnatah está en manos de los nasriwn, madre. De una u otra forma creo que todo por lo que hemos luchado en estos siglos se viene abajo. Los cristianos son ahora más fuertes que nunca y avanzan muchas millas cada vez que emprenden una guerra con alguna de las taifas que pueblan nuestra tierra.

—Eso no importa, los hermanos de Gharnatah e Isbiliya son hijos de Alá como nosotros y defenderán la palabra del Profeta hasta la última de sus consecuencias.

—Los nasriwn de Gharnatah quieren tomar Lurqa tanto como el infante cristiano, madre. Por eso los hermanos de Al-Mursiya han firmado el pacto. Porque en el fondo saben que los agarenos los matarán si se niegan a ceder el gobierno y los cristianos les permitirán vivir, mantener sus costumbres e incluso los defenderán de la invasión que está por venir.

—Siendo así, ¿por qué no rindes la ciudad? Envía un mensajero al infante Alfonso y dile que estás deseando que tomen nuestras

posiciones, que violen a nuestras mujeres y sacralicen las mezquitas.

—No lo sé, madre.

Nabiha miraba el agua fluyendo de la fuente de la alberca. El sol subía raudo y el calor aumentaba, a pesar de que el ambiente todavía era agradable, en breve tendrían que volver al interior del palacio y todavía quedaban sombras de duda en Muhammad.

—Hijo mío, el futuro de nuestra obra está en tus manos y en la de nuestros vecinos de Mula. Sé que es un peso que no cualquiera puede soportar, como también sé que tú eres capaz de eso y mucho más, porque ya lo has cargado antes. El amor de Alá está con nosotros y superaremos cualquier prueba que Él deposite sobre nuestra familia. Ahora hijo mío, acompáñame al interior, empieza a hacer calor y ya no tengo edad para estar bajo tanta luz.

Muhammad ayudó a su madre a ponerse en pie y la acompañó en un paseo que Nabiha hizo deliberadamente lento hasta el interior del complejo del palacio. Si algo le gustaba al arráz de Lurqa era pasear entre los mirtos del jardín acompañando a su madre. Las flores estaban en su máximo esplendor y el intenso olor que desprendían embriagaba sus sentidos. Muhammad se encontraba mucho más tranquilo, así que continuó hablando con su madre.

—¿No es cierto, madre, que es también nuestra responsabilidad proteger a las gentes que pueblan la medina? ¿Que, si vemos que llegado el momento no hubiera salvación para ellos, sería mejor rendir la plaza que entregar sus almas a una muerte segura? Siempre me has enseñado a aplicar la razón antes que la fuerza, madre, y ahora verdaderamente dudo de si somos lo suficientemente fuertes para

ganar.

—Entonces, aplica la razón en este caso. Si rendimos a los cristianos la ciudad, la que durante tantos siglos ha acogido a nuestros hermanos en la fe, ¿qué crees que ocurrirá?

—El infante Alfonso ha garantizado a los hermanos de Al-Mursiya que se respetarán sus credos, sus costumbres y su autogobierno mientras se mantenga el pago de los tributos.

—¿Y cuánto tardarán unos hijos de Alá impacientes en levantarse en armas en contra de los cristianos? ¿Cuánto tardará un walí en decidir que ya no deben pagarse más tributos a los infieles? ¿Por cuánto tiempo se puede mantener esa relación tributaria? Hijo mío, ¿cuántos de los nuestros quedan en las tierras conquistadas por los cristianos? Pocos. Y se les trata como a una clase inferior llamándolos domesticados. Como si fuéramos animales.

Muhammad calló, sabía que su madre no se equivocaba, como también sabía que tarde o temprano cualquier hermano harto de soportar la presencia del invasor, se levantaría contra los cristianos. Y también sabía que esto les serviría de excusa para pasarlos por las armas. Muhammad pensó en los años que había pasado en Al-Mursiya, en cómo había tratado de convencer al gobierno de la ciudad de no firmar el pacto con los cristianos, de cómo le habían rechazado y expulsado. De todos aquellos amigos del valle de Riqut, con los que compartía tantos pensamientos y creencias y que no volvió a ver. En aquellos tiempos tenía las ideas más claras. Ahora, el peso de la edad y el esfuerzo del gobierno le generaba más dudas que certezas. Por suerte, la claridad en las palabras de Nabiha despejaba su mente y su

espíritu.

—Tienes razón, madre. Gracias a tus sabias palabras puedo tener las ideas claras y firmes. No podemos permitir que nos quiten el gobierno de este lugar. Lucharemos si es necesario.

Nabiha hizo un esfuerzo y enderezó su espalda, pareciendo así mucho más alta.

—Mientras tengamos la opción de luchar y resistir, debemos hacerlo. La alternativa a eso es la desaparición de nuestra cultura, de nuestras costumbres, de nuestro arte y sobre todo de nuestro credo. No podemos permitir que eso ocurra, Muhammad. No hay forma pacífica de terminar con esto mientras los cristianos crean que estos territorios son suyos. Es ellos o nosotros.

Siguieron paseando por las estancias de palacio. Muhammad contemplaba las maravillas que allí había construido Tariq, el tallista del salón rico de la antigua ciudad califal de Qurtuba y que ellos ocupaban desde que habían conseguido el poder en la medina de Lurqa.

El palacio había albergado a las familias de las distintas facciones que poblaron la ciudad en los últimos siglos y todas habían aplicado sus estilos y criterios artísticos y religiosos, creando así un conjunto heterogéneo de suntuosas decoraciones que lo definía de forma única. La familia de los diferentes arráez y walís de la ciudad los habían usado como residencia y palacio de verano desde la época del califato en la que se había levantado entre las huertas que rodeaban la medina.

Flanqueado por múltiples conducciones artificiales y torrentes

naturales de agua, se hallaba a unas 5 millas de la alcazaba. El palacio estaba rodeado por una serie de alquerías que aprovechaban la fértil tierra y que se extendían hasta las faldas y las proximidades de Lurqa.

La ciudad, gracias a sus poderosas murallas, tenía fama de inexpugnable. Cualquiera que la viera se guardaría bien de intentar tomarla si no tenía la seguridad de poder hacerlo o se expondría a un fracaso seguro y a un sacrificio de sus tropas.

Los almohades se habían encargado de asegurarse de ello viendo el avance de las huestes cristianas que, solo en los últimos 30 años, habían conquistado más territorio que en los anteriores 200 gracias a la mejora en la preparación y organización de sus ejércitos. El desmembramiento del imperio almohade y los intentos por parte de otras facciones musulmanas de tomar el poder con el que estos habían contado, había contribuido tanto o más al retroceso de los dominios que el infante Alfonso se había asegurado de conquistar.

Muhammad miraba a su alrededor. En lo alto de una escarpada montaña rodeada por una doble muralla se hallaba la alcazaba. Alguien que quisiera hacerse con ella tendría sin duda que enfrentarse a muros de piedra, puertas acodadas y torres de vigilancia plagadas de arqueros.

Su expresión se endureció, las dudas se habían disipado, el corazón latía fuerte, firme y seguro. Su madre y él pasaron bajo un arco de herradura que conducía a una cámara en la que Nabiha pretendía descansar. Su cuerpo, ahora deshinchado tras el esfuerzo realizado, se movió lentamente hasta que consiguió dejarse caer en una cama.

—Gracias por traerme hasta aquí, hijo, ya no tengo fuerza para



seguir hablando, me gustaría descansar un rato. Me faltan las ganas que me inundaban cuando era niña, ¿vendrás mañana a rezar conmigo?

—Lo intentaré, madre, tengo que organizar la defensa de la ciudad. Además, tengo otra idea. Creo que hay que actuar por adelantado para evitar la llegada de los infieles.

—Me alegro de oírte tan optimista, hijo. Alá te ha infundido la fuerza necesaria para luchar contra el enemigo infiel. Ahora, antes de irte, haz una última cosa por mí. Quiero que mires a tu alrededor.

Muhammad miró el cuarto de su madre que yacía recostada en una tarima con cojines. Junto a ella había una pequeña mesita en la que se apoyaba un candil con sinuosos arabescos y que proporcionaba una tenue luz. En el suelo, un arcón parcialmente abierto dejaba ver luminosas ropas de tela y sedas de magníficos colores que se amontonaban en su interior.

Los techos, que habían sido tapados por la locura integrista almohade en los años que habían sido dueños del palacio, habían vuelto a ser descubiertos y volvían a mostrar su esplendor a quien los contemplara. Las líneas que partían de sus extremos y lados se unían mágicamente en determinados puntos, formando maravillosas estrellas que simulaban el firmamento. Las paredes, sencillamente decoradas, daban paz al espíritu. «Qué maravilloso es poder contemplar esto», se dijo a sí mismo Muhammad.

—Cuando tengas dudas, piensa en lo que hemos hecho y en lo que harán los impíos cristianos si llegan a hacerlo suyo. Sobre todo, no dejes que la desazón te nuble el corazón. As-salam-u-alaikum wa-rahmatullahi wa-barakatuh, hijo.

### Capítulo 3

Madrid, 28 de noviembre de 2014.

—Papá.

—Dime hija.

—¿Dónde está el hermanito?

—Ya te lo hemos explicado, cariño. El hermanito ha muerto.

—Sí, pero ¿dónde está?

¿Cómo puedes encontrar una respuesta a una pregunta tan sencilla? Si eres una persona religiosa, la respuesta es clara y tranquilizadora, pero ¿qué pasa si eres un ateo convencido? El cerebro de un niño de dos años no está preparado para entender el concepto de la muerte, la no existencia simplemente no es asumible. Ella seguía empeñada en darle un sentido a lo que había ocurrido, pero seguía sin encontrarlo.

Nos dirigíamos al tanatorio bajando por la M-30 en dirección sur.

Había mucho tráfico, era un viernes festivo y mucha gente había aprovechado para salir de la ciudad a pasar el fin de semana con la familia, así que la vía de 9 carriles se había convertido en un embudo por el que caían coches indiscriminadamente. El tanatorio estaba en la otra punta de la ciudad, por lo que teníamos tiempo suficiente para pensar una respuesta.

No la encontramos.

Ella seguía preocupada por lo que le hubiera pasado a su hermano y no entendía que no viniera con nosotros. Sabíamos que había que darle certezas, por duras que fueran, así que le confirmamos la dura realidad.

—Ya no está con nosotros, cielo.

—Pero ¿por qué? ¿Dónde se ha ido? —insistía.

—Está... en el cielo, cariño. Se ha ido al cielo.

Es curioso que lo único que necesita la mente humana en situaciones traumáticas y estresantes es una explicación, por ilógica que parezca, por increíble que pueda llegar a ser. Solo una explicación.

El día en el tanatorio pasó rápido, al igual que el responso que decidimos dedicar a su memoria. Los familiares y amigos estuvieron con nosotros haciéndonos compañía y tratando de apoyarnos. Alguno se atrevió a bromear porque se había equivocado de sala en el tanatorio y el ataúd le había parecido demasiado grande para un niño tan pequeño. «Menudo gilipollas», pensé, mientras otros reían la gracia.

A pesar de no ser creyentes, decidimos que se le ofrecieran unas últimas palabras de consuelo, que fueron pronunciadas por el sacerdote del tanatorio. La sala estaba llena. Apenas unos pocos de ellos le habían

llegado a ver alguna vez y muy pocos se habían atrevido a tocarle. Tres meses y diez días habían sido los que había pasado con nosotros. Tres meses que habían producido tantas experiencias como tres siglos. Unas pocas buenas, la mayoría no tanto.

Las últimas semanas habían sido tan duras que la noche siguiente dormimos como no lo habíamos hecho desde hacía meses. Creo que fueron diez horas seguidas, recuerdo despertar totalmente descansado de la falta de sueño que nos había castigado desde que la enfermedad se había manifestado. Fue la última noche de descanso de muchas.

Las pesadillas comenzaron al día siguiente, alternándose con los episodios de insomnio. Las ilusiones auditivas eran las que más me perturbaban, cuando estaba a punto de dormirme oía como alguien llamaba a la puerta. Nunca entendí que significaba aquello. También iban y venían los dolores musculares, los miedos ocasionales a la muerte y los problemas para conciliar el sueño. Con los años y la ayuda psicológica, las secuelas fueron espaciándose, aparecían solo en las semanas anteriores a su fecha de nacimiento y, sobre todo, a la fecha de su muerte. Quizá nunca desaparecieron, solo cambiaron de forma. Quien sabe. Lo único que tengo claro después de tantos años es que nunca terminas de superar la muerte de un hijo, simplemente te acostumbras a los nuevos sentimientos.

## Capítulo 4

Madrid, 30 de junio de 2041.

Virgilio estaba de pie con los brazos cruzados, la expresión hirsuta, las piernas firmes y levemente entreabiertas, esperando. Había subido a la terraza de la cantina del edificio de administración central, desde aquel lugar tenía una vista de sus alrededores y de cualquier persona que deseara acceder al edificio. Rondaba los sesenta años, era alto y delgado, con gafas de cristales pesados y una cara perfectamente afeitada, vestía vaqueros y una camisa de cuadros marrones y azules.

Estaba allí porque le acababan de comunicar a través de un sencillo correo electrónico que otra persona iba a entrar en el equipo, en su equipo, y que tendría poder de decisión total sobre la organización del proyecto. De su proyecto. Y no era un proyecto cualquiera. Se trataba del mayor salto para la humanidad desde que llegó a la Luna, el mayor reto tecnológico para el hombre, un desafío que solo alguien lo

suficientemente loco como para enfrentarse directamente a la muerte podía llevar a cabo. La primera colonia en Marte.

«Después de tres años al frente técnico del proyecto, ejerciendo en la práctica la gestión total de la iniciativa, me ponen un desconocido a controlarlo todo», se decía a sí mismo tan enfadado como curioso por saber quién vendría. Él había conseguido aquel puesto por méritos propios, compitiendo limpiamente con otros grandes científicos e ingenieros en los primeros meses del proyecto. Se había convertido en el líder por derecho. «¿Por qué llega ahora alguien totalmente anónimo? ¿Quién es este Alberto Alcalá? ¿Por qué nadie ha venido a presentármelo? ¿Por qué viene ahora aquí, a restarme responsabilidades?»

Recordaba perfectamente cómo habían transcurrido los primeros meses de aquella aventura entre decenas de candidatos. Tras el desconcierto inicial, pronto se dieron cuenta de que los habían abandonado sin control para que entre ellos se erigiera el más hábil, el mejor capacitado para coordinar una misión imposible y probablemente suicida.

Muchos entendieron que no estaban capacitados para administrar semejante iniciativa, así que se limitaron a cumplir con su trabajo y cumplieron las órdenes de los que se iban estableciendo como los líderes naturales.

Los que querían aquel puesto se esforzaron en demostrar sus habilidades como gestores. Virgilio tenía experiencia, había trabajado en varios de los mejores centros científicos de Europa, el CERN e incluso en la ESA.

Durante los años en la Facultad de Física de la Universidad Autónoma de Madrid había destacado por su habilidad con la organización de competiciones matemáticas, pero una vez que empezó a trabajar se dio cuenta de que no era tan brillante como para hacerse un hueco entre los grandes nombres en el campo de la física, así que decidió reorientar su carrera profesional hacia la gestión de equipos de investigación.

Consiguió un puesto en un pequeño laboratorio y, poco a poco, encadenó varios trabajos hasta llegar a lo que él consideraba era la cima de la carrera profesional de un investigador: el proyecto de colonización de Marte de la mayor empresa privada de transporte aeroespacial del mundo, Lete Corp.

Además de por sus cualidades como administrador, también era famoso entre sus compañeros porque era capaz de averiguar la personalidad de alguien solo con la forma en la que andaba. Siempre que se iba a hacer una nueva incorporación en el equipo, se reunían los compañeros en aquella terraza y apostaban para ver quien adivinaba detalles sobre el nuevo, o al menos así lo hacían al principio, hasta que todos se dieron cuenta de que Virgilio siempre ganaba.

Tras unos 15 minutos de paciente espera inmóvil, identificó a su objetivo. Fue fácil, conocía bien a todos los que trabajaban en aquel edificio y además aquel iba acompañado por un guarda de seguridad, procedimiento habitual con las nuevas incorporaciones.

El edificio se encontraba en lo alto de una colina, en el centro del complejo de Lete Corp y estaba comunicado con el resto del complejo a través de una serie de escaleras que muchos consideraban una alegría

de lo difícil que era conseguir un trabajo en aquel lugar. Virgilio las había contado muchas veces, había siete tramos de veintidós escalones cada uno. Los había tenido que subir, y luego bajar, todos y cada uno de los días desde que había conseguido el puesto. Le parecía un buen precio a pagar por ello y lo asumía sin quejas.

«Veamos», pensó, «no es obeso, aunque por el trabajo que le cuesta subir los escalones diría que no hace deporte. Usa gafas y su ropa es sencilla, pantalones de pinzas y camisa de manga corta por lo que no se preocupa mucho por su aspecto. Sube los escalones mirando al suelo, más cabizbajo que preocupado por tropezar, así que diría que está pensando, pensando cómo va a hablar conmigo, qué me va a decir, cómo se va a enfrentar a la persona que ha controlado el proyecto hasta ahora. Parece cómodo pensando, quizá es una persona sensible y reflexiva»

«Lleva una carpeta en la mano, con un bolígrafo en el extremo. La libreta no es nueva y el bolígrafo no lleva capucha, ha tomado notas y las trae apuntadas. Le gusta prepararse ante un reto. Eso demuestra inteligencia. Me ha investigado, sabe quién soy, lo que he estudiado, cómo he llegado hasta aquí, mis méritos y mi forma de hacer las cosas. No es difícil averiguarlo, aparezco continuamente en medios y redes sociales.»

«Esa libreta parece comprada en una papelería, no tiene marcas conocidas impresas en la tapa ni parece las típicas que usamos en los trabajos de campo. Se confirma que no es una persona con formación científica.»

Virgilio había investigado brevemente al visitante, «Alberto Alcalá,



perfil de gestor de proyectos en LinkedIn, hace más de un año que no publica nada ahí, ¿A qué dedicas tu tiempo ahora?», se preguntó. «Hay un vacío en el último año hasta hace solo un mes en el que su nombre aparecía brevemente en los medios por una trifulca con unos hippies. Al parecer, Alberto, se había presentado en un pueblo abandonado en el que un grupo de idealistas habían formado una especie de comuna y acabó en el calabozo. No hay más información. Qué curioso. Ha sido hace muy poco, tiene que haber una relación entre eso y Leticia Lete», reflexionó, «Nadie desaparece del mundo laboral y aparece en Lete Corp de la nada sin una buena razón.»

Seguía vigilando a Alberto en sus últimos esfuerzos para llegar a lo alto de la colina. «No habla con el guarda de seguridad que le acompaña. ¿Le considera inferior? No, parece más bien que es introvertido, o quizá con una personalidad particular. No gasta saliva con nadie si no tiene que hacerlo. Eso me gusta.»

«La duda es, ¿por qué una persona con formación universitaria y con un trabajo estable acaba a tortas con unos hippies? Y, sobre todo, ¿por qué eso le ha traído aquí?»

Decidió que era el momento de bajar a su despacho y prepararse para recibirle.

El visitante todavía tardaría unos minutos en llegar. Aunque ya había superado los controles de acceso al complejo, tenía que pasar los propios del edificio central, que sin duda le harían pasar por otra humillante sesión de cacheo e interrogatorio.

El edificio no era muy grande, apenas dos plantas y unos 20 despachos y salas de reuniones por cada una de ellas. Tras unos

minutos de espera, un guardia de seguridad llamó a la puerta e hizo pasar al visitante.

—Hola, me llamo Alberto Alcalá. Eres Virgilio, ¿no? —Aunque trataba de disimularlo, estaba nervioso, muy nervioso. Apenas había podido dormir la noche anterior pensando en esta primera toma de contacto. A pesar de haber duplicado la dosis de fármacos habitual, todavía le temblaban las manos. Por suerte, el párpado había dejado de bailar sobre su ojo. Lo de las manos se podía ocultar, lo otro no. «Recuerda lo que te ha enseñado la psicóloga», se decía. «Son personas como tú y como yo. No hay nada que las distinga, tienes que tratarlos como un igual». «No pierdas los nervios. Relax. Seguro que una persona que ha alcanzado la dirección técnica de la primera misión del ser humano a Marte tiene que ser una persona inteligente.» Se repetía.

—Sí, soy Virgilio.

—Un placer. Disculpa porque llego un poco tarde, pero me he encontrado con un atasco descomunal. Desde que el gobierno cedió la gestión de las carreteras a las constructoras, la falta de mantenimiento provoca no pocos accidentes. ¿Quién ha puesto esta oficina en un lugar tan alto?

—Al estudio de arquitectura que la diseñó le pareció que el lugar con la dirección del proyecto debería estar en el punto más elevado del terreno, como una torre de control.

Alberto trató de hacerse una idea de cuántos arquitectos especializados en construcción de centros espaciales existirían en España.

Virgilio ofreció un café de la máquina expreso que había en su despacho y que Alberto disfrutó en silencio durante unos segundos antes de empezar la conversación.

—Hay mucho de lo que tenemos que hablar, apenas sé nada del proyecto y me gustaría entender en qué punto estáis y lo que queda por delante —comenzó Alberto.

—Antes de empezar, me gustaría saber por qué estás aquí.

—¿No te han contado nada?

Virgilio orientó la pantalla del ordenador hacia Alberto. En la aplicación de correo, uno de ellos estaba seleccionado. El remitente, «Leticia Lete». Asunto «Nueva incorporación». El texto «Buenos días, Virgilio, desde hoy se incorpora Alberto Alcalá al proyecto. Se encargará principalmente de la selección de personal para el viaje a Marte, pero tiene acceso y control ilimitado a todo el proyecto. Un saludo».

—¿Sabes cuántos correos me ha enviado Leticia Lete en los últimos dos años?

Alberto, inquieto, negó con la cabeza.

—Cero. Ni un solo correo, ni una petición de explicación de nada. Cero. ¿Sabes cuántas personas ha introducido Leticia Lete en este proyecto?

Alberto no tuvo que decir nada, solo su expresión de sorpresa era suficiente.

—Efectivamente, cero. En un proyecto de miles de millones de euros. Ella, la propietaria de la empresa y dueña de cada una de esas

moneditas, no ha pedido incorporar a ninguna persona en el proceso. Imagínate mi cara de sorpresa esta mañana al leerlo, así que ya me estás contando de quién narices eres primo o qué habilidad secreta te ha traído hasta aquí.

—Emmm, a ver, no soy primo de nadie que pueda haberme conseguido este trabajo, si es lo que estás insinuando.

—Pues como no cagues billetes de quinientos euros, no sé qué narices haces aquí.

—No soy consciente de semejante habilidad, pero te puedo contar que fue Leticia Lete la que vino a ficharme directamente a mí. Yo no he aplicado a ninguna oferta.

—¿Que ella ha ido a buscarte a ti?

—Personalmente.

—¿Me estás tomando el pelo? Leticia Lete está desaparecida desde hace años. ¿Te crees que soy gilipollas?

—Nada más lejos de la realidad, de hecho, confío con todo mi corazón en que no lo seas.

Virgilio estaba enfadado, muy enfadado. En todos sus años de carrera profesional nunca se había encontrado un caso como este. Muchas veces llegaba alguien recomendado, pero nunca para un cargo con tanto poder. Se cubrió la cara con las manos, tratando de relajarse durante unos segundos. Alberto le miraba.

—Si no te viene bien ahora, podemos hablar en otro momento, entiendo que estés muy ocupado y que no puedas atenderme. No te preocupes, puedo hablar con otro miembro de tu equipo y así...

—No eres, ni has sido un director de recursos humanos. No es que no hayas sido el mejor, es que nunca has tenido un puesto similar.

—N... no.

—Entonces, ¿por qué cojones estás aquí?

Alberto dudó un par de segundos. ¿Por dónde empezar? ¿Debía contarle la larga secuencia de acontecimientos que le había llevado hasta allí?

Personalmente pensaba que era lo que debía hacer, pero probablemente era un tostón demasiado largo plagado de datos irrelevantes, hechos truculentos y decisiones muy cuestionables. Por alguna razón, algún engranaje de su cerebro decidió que lo mejor era empezar con un hecho aislado. Ni siquiera él mismo entendió qué le llevó a decir aquello, pero lo cierto es que lo hizo. Quizá, en lo más profundo de su ser, pensaba que ese era el desencadenante último de todo.

—Porque me gustan las series de ciencia ficción.

—¿Cómo? —Virgilio no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Cuando era niño y adolescente y, por qué negarlo, de adulto también. Siempre me han gustado las historias de ciencia ficción. — Alberto estaba muy nervioso, se sujetaba las manos para reducir el tembleque, había abierto un melón que no sabía gestionar.

—Mira, más te vale que en cinco minutos me des una explicación clara y concisa de por qué la dueña de esta empresa te ha elegido personalmente para escoger a las personas destinadas a dar el mayor paso para la humanidad desde que se inventó la rueda.

Alberto necesitaba controlarse. Necesitaba encontrar un nexo con Virgilio, algo que les uniera. Necesitaba establecer la conexión con él que le permitiera relajarse y considerarlo un igual. Probablemente no era la mejor forma de hacerlo, pero ya se había tirado a la piscina y había quitado las escaleras. Tenía que seguir adelante.

—¿A ti te gustan?

A pesar de no ser una persona violenta, Virgilio sentía el impulso de pegarle, de deshacer el nudo que se había formado en su garganta, de liberar la presión en las venas de su frente.

Aquello debía tener una explicación, no era posible lo que estaba pasando. Se estaba perdiendo algo y no sabía muy bien qué era. Dudó unos segundos antes de decidir si debía expulsarle o si debía escucharle.

—Sí, me gustan, pero no me han puesto aquí por eso.

—Quizá no sea la razón directa, pero siempre hay un camino de decisiones, gustos y acciones que nos llevan a donde estamos. — Alberto empezaba a relajarse. A pesar de las dudas, había encontrado el punto de unión—. Te voy a hablar de una serie en concreto, quizá la más representativa de la ciencia ficción del siglo XX, probablemente la conozcas. Se trata de Star Trek—. Alberto buceó aún más en la piscina, llegando hasta el fondo, confiando en que aquello le guiara a algún sitio. Virgilio callaba, también esperando lo mismo.

—¿Te has dado cuenta de que tienen una organización social totalmente diferente a la nuestra? Ellos no usan el dinero, incluso lo desprecian cuando contactan con una sociedad que sigue haciendo

transacciones económicas. El ser humano actual basa su existencia en el dinero, cuanto más tengas, mejor vivirás. Si partes de una base económica precaria te va a costar mucho más esfuerzo conseguir un trabajo bien pagado porque no vas a tener acceso a la mejor formación ni los contactos para conseguirlo.

—Continúa.

—En la sociedad futurista de Star Trek ocurre todo lo contrario. No importa quien sea tu padre o tu madre, o si has nacido en uno u otro lugar. Solo importa lo bueno que seas haciendo tu trabajo. Los miembros de una tripulación han desarrollado su carrera en base a sus intereses personales, no en base a lo que pueden pagar o a lo que les va a dar una mejor posición. Esto hace que sean buenos en su trabajo y que no tengan que preocuparse por las necesidades básicas porque ya se las proporciona la federación. —Alberto empezaba a relajarse, hablaba con más fluidez, perdiendo el miedo a hablar con alguien intrascendente.

—Siempre pensé que era una idea comunista —replicó Virgilio.

—No es una sociedad comunista por muchas razones. La familia de Picard tiene unos viñedos que se dedican a explotar, por lo que existe la propiedad. Además, el gobierno se elige democráticamente y este controla la producción de los bienes básicos para distribuir a la población. De esta forma la ciudadanía se centra en aportar a la sociedad, sin preocuparse por la vivienda o alimentación.

—Sigo sin entender cómo eso te ha traído hasta aquí.

—Cada habitante llega a una posición en función de su valía. Los mejores especialistas en motores de curvatura podrán acceder a las

mejores posiciones en las mejores naves. Hay misiones complejas para las mejores naves y misiones sencillas para otras. Por suerte, las tareas que nadie quiere abordar se pueden ejecutar por parte de robots o inteligencia artificial. La pregunta es, ¿cómo crees que se llega a ese modelo de sociedad partiendo de la situación actual, un sistema capitalista basado en el dinero?

—Lo que ocurre en el caso de Star Trek es un evento catastrófico, una guerra mundial que esquilma a la población, seguida de un primer contacto con una especie alienígena que les guía a un futuro mejor. — Virgilio empezaba a entrar en la conversación.

—Puesto que esperamos que eso no ocurra, y no creemos que el sistema vaya a cambiar por sí mismo tenemos que aprovechar una situación excepcional, un hecho único que permita implantar un nuevo sistema social.

—¿Un sistema social basado en qué?

—Basado en la colaboración, la especialización de las habilidades, y no en el simple intercambio de bienes. Desde que se rompió el patrón oro en los años setenta del siglo XX, el intercambio se ha convertido en algo perverso y corrupto. Ya no hay una base para mantener el crecimiento controlado, puede haber una inflación infinita y eso, en un planeta con recursos limitados, es inviable e ilógico.

—Eso está muy bien, pero sigo sin tener claro qué tiene que ver con este proyecto.

—Hace un tiempo que empecé a trabajar en esta idea. Me di cuenta de que era imposible transformar a la sociedad actual, así que planteé



las bases de lo que consideraba que debería ser una nueva basada en esos principios.

—¿Por qué has de ser tú quien decida cuáles son las habilidades adecuadas y quién debe ser parte de esa sociedad? ¿quién te da ese derecho? ¿No te convierte eso en un dictador? —Virgilio seguía manteniendo un tono serio e incrédulo en sus palabras.

—Un dictador benévolo, de hecho. John Stuart Mill, el filósofo inglés, reconocía en el siglo XIX que era la mejor forma de gobierno, especialmente en situaciones difíciles. El imperio romano se desarrolló mejor cuando la república cedía el gobierno al emperador. La historia ha dado grandes dictadores como Tito en la antigua Yugoslavia. Los ciudadanos del siglo XXI están demasiado ocupados tratando de ganar más dinero y se dejan convencer por las promesas de los gobernantes demócratas que luego no tienen por qué cumplir. Además, la clase política actual está estancada cultural y tecnológicamente, tienen las mismas discusiones una y otra vez, generan ellos mismos los problemas que tratan de resolver para justificar su trabajo. Es patético.

—¿Estás justificando una dictadura?

—No lo sé. En cualquier caso, está claro que la democracia, por buena que pueda parecer, apuesta por lo seguro y es cortoplacista, no es adecuada para un plan a largo como la conquista de Marte. Te lo voy a decir de otra forma, la democracia es una perversión del derecho de los hombres a gobernar su futuro. Estaba bien en el siglo VI antes de Cristo, hoy se utiliza por una clase política nefasta para enriquecerse a sí mismos con populismos baratos que lamentablemente convencen a la mayor parte del pueblo.

—Supongamos que tienes razón y que el sistema actual es inapropiado. Nadie va a querer ponerse voluntariamente a las órdenes de un dictador, por muy bueno que pueda parecer.

—Cierto, por eso publiqué la idea en un foro en Internet y dejé a la sociedad que decidiera las bases. Unas bases que hagan avanzar a la sociedad y que impidan al dictador sobrepasarse en su poder.

—Internet. Cuna de trolls. Ahora me siento mucho más seguro.

Alberto había navegado desde que comenzó a popularizarse Internet a mediados de los años 90 por lo que sabía bien de lo que hablaba.

—Los trolls están entretenidos con los foros públicos y las redes sociales. Es su lugar natural de existencia y ahí se deben quedar. Internet es muy grande y hay espacio para todos. Escogí cuidadosamente dónde publicar los mensajes y acabé abriendo una página web en la que invité a participar a los que más aportaban.

—Quieres decir a los que más te gustaban.

—Empezamos hablando de ideas —Alberto decidió no contestar a las provocaciones— y acabamos definiendo las bases de una sociedad. Una sociedad basada en la lógica, la ciencia y la convivencia en la que no es necesario el dinero.

—¿Hasta qué punto has avanzado en la definición de sociedad?

—Lo suficiente como para poder fundar una sociedad independiente de la tierra en otro planeta, basada en otros principios, con unos objetivos diferentes. Una sociedad creada para el hombre del siglo XXI.

Finalmente, Virgilio lo entendió todo.

En sus años en Lete Corp había trabajado en cohetes, carburantes, maniobras de despegue, ubicaciones para el aterrizaje y materiales, pero nunca se había parado a pensar en cómo se organizarían los hombres una vez llegaran a Marte.

Contaba con que se regirían por los mismos principios que gobernaban al ser humano en la Tierra.

—Ya entiendo, las colonias terrestres nunca han funcionado y casi siempre han terminado independizándose de forma violenta.

—Efectivamente, Virgilio. Es el momento de organizarse y no fundar una colonia como las que han fracasado en el pasado sino una nueva sociedad que haya aprendido de los errores. Incluso en nuestra corta historia espacial ya ha habido conflictos entre los controles de tierra y astronautas. En 1973 los astronautas del Skylab cortaron las comunicaciones deliberadamente con la Tierra durante 24 horas.

—Eso fue un caso puntual. Los astronautas en la estación espacial no habían salido antes al espacio y estaban bajo mucha presión desde la Tierra. De aquello se aprendió mucho y ahora se les tiene mucho más en cuenta a la hora de planificar sus tareas.

—No es el único caso, también ha ocurrido con los rusos. Además, la prioridad para los astronautas que vayan a Marte va a ser la supervivencia, no reportar a la Tierra.

—Pero de alguna manera tendrán que seguir en contacto con nosotros, ¿no?

—Por supuesto, no se trata de enviarlos a su suerte sino de mantener

una relación basada en la colaboración Tierra-Marte y no en el vasallaje o en la explotación de recursos.

—En cualquier caso, y perdona que lo diga tan directamente, no entiendo por qué esto te concede poder de decisión en todas las áreas del proyecto.

—Porque afecta no solo a cómo se organizan, sino a la selección de personal, sus necesidades, uso de recursos o incluso a la forma de los cohetes, recuerda que van a estar meses viajando hasta Marte y que luego van a vivir allí en una nueva sociedad.

—Entiendo. —Virgilio lo entendía ciertamente, aunque su cara decía lo contrario. Miraba a Alberto, que se había dado cuenta de que todavía no creía mucho en él, así que decidió abrir un poco más su corazón.

—Mira, te voy a dar una reflexión personal. Personal e intransferible. —Alberto se detuvo a pensar antes de continuar— Creo que el gran problema de la humanidad es que el ser humano es eminentemente estúpido. Soy consciente de que hay gente inteligente por todos lados y, con total probabilidad en este lugar los habrá en mayor proporción que en muchos otros. Sin embargo, ..., el mundo está plagado por gente corta de miras y poco interesada en razonar sus decisiones. Y lo peor es que esa gente nos controla, nos domina y nos gobierna. Tanto gobiernos como empresas están gestionados por estúpidos, Virgilio. Gente realmente estúpida que toma decisiones estúpidas. Tenemos la oportunidad perfecta para solucionarlo y crear una sociedad nueva, con gente inteligente y que toma decisiones inteligentes. Por eso estoy aquí, porque quiero una sociedad limpia de gente estúpida. Además, creo firmemente que, si todos colaboráramos

para un objetivo común, el mundo sería mejor. En un planeta en el que si te contratan a ti implica que no contratan a otro, la competencia es feroz y salvaje. Eliminemos las limitaciones que impone una sociedad lastrada por siglos de costumbres y tradiciones ancestrales y empecemos de cero para construir una sociedad mejor.

Virgilio le continuaba observando, en el fondo sentía lo mismo que él, aunque quizá su visión fuera más práctica. O quizá simplemente fuera menos idealista. En cualquier caso, no tenía más alternativa que aceptarlo en el proyecto así que optó por la vía más sensata. Tras un silencio incómodo, Alberto decidió que era el momento de continuar la visita.

—En cualquier caso, tendremos tiempo de seguir hablando de esto, vamos a estar trabajando juntos durante mucho tiempo.

—Bien, vamos a salir y hacer una visita a las instalaciones.

## Capítulo 5

Madrid, 30 de junio de 2041.

Virgilio y Alberto salieron del despacho y subieron a la misma terraza de la que había bajado el primero hacía apenas unos minutos. El terreno era más grande de lo que parecía inicialmente, en el centro se abría una explanada plagada de árboles y pequeños restaurantes con sillas. A su alrededor, varios edificios de diversos tamaños y diseños formaban un círculo perfecto. Tras el edificio en el que se encontraban, una gigantesca mole de hormigón y hierro se levantaba imponente.

—¿Allí es dónde construís los cohetes? —preguntó Alberto.

—Sí, la zona que has atravesado es donde trabajan los ingenieros, físicos y científicos teóricos del proyecto. En el centro de pruebas se pone en práctica todo lo que ellos diseñan.

—Genial, me gustaría visitar todas las instalaciones.

—Bien, déjame que te cuente algo de la historia de Lete Corp. Hace 30 años, nuestra querida Leticia Lete fundó esta compañía con el sueño

de la conquista del espacio en la mente. Con mucho esfuerzo y equipos de personas perfectamente seleccionados, diseñaron sus primeros cohetes. Tras unos años de gran inversión de la economía personal de la señora Lete en innovación en transporte espacial, consiguieron los primeros contratos. Al principio con compañías privadas que aprovecharon lanzamientos a un coste bajo y un riesgo alto y finalmente con las grandes agencias espaciales en todo el mundo. Muchas de las sondas que hoy viajan por el espacio rumbo a Júpiter, Neptuno o Plutón lo hacen sobre la tecnología surgida de esta casa. Tras ganar muchos contratos y grandes cantidades de dinero, Leticia decidió lanzar el proyecto por el cual había fundado la compañía, el viaje a Marte.

Virgilio bebió un sorbo de café y continuó con la historia.

—Y no sería un viaje cualquiera. Leticia decidió que ya tenía experiencia suficiente con la cantidad de sondas que atravesaban nuestro sistema solar gracias a su tecnología, así que en la primera misión enviaría un contingente humano, nada de exploración con robots. Uno podría pensar que basta con un pequeño grupo de personas para explorar un planeta, pero cuando tienes dinero casi ilimitado, no tienes por qué imponerte esa clase de restricciones, así que decidió fundar una colonia en Marte.

—¿Una colonia? —Alberto replicó rápido con un gesto de incomodidad.

—Sí, una colonia —confirmó Virgilio—. Un asentamiento permanente en el planeta rojo con cientos de personas viviendo en el planeta. Como sabrás, aquello rompió totalmente con los esquemas de

muchos, que contaban con que la exploración se hiciera con sondas primero y luego con grupos reducidos de personas, como se había hecho hasta entonces.

—No me gusta el término colonia, las que ha fundado el ser humano en el pasado han supuesto sacrificios en masa, sobreexplotación de recursos y todas han acabado con un enfrentamiento violento. Creo que hay que replantearse el término.

—De acuerdo, hablaremos de eso más tarde. Continúo con mi historia. Para acometer ese proyecto de dimensiones nunca antes conocidas, Lete Corp compró este terreno y lo convirtió en lo que hoy ves. Una gigantesca plataforma de lanzamiento, no de cohetes, que se lanzarán desde otro punto de la península, sino de una idea. Leticia pensaba que cuando tienes un objetivo tan grande, necesitas que todo se alinee con él y la mejor forma de comenzar es con unas instalaciones tan buenas y grandiosas como tu idea.

Virgilio señaló las construcciones que eran visibles a su alrededor.

—Cada uno de esos edificios tiene una función muy específica en el proyecto y acoge a las personas que trabajan en esa función. Los llamamos casas. Ya te has fijado en el más grande de ellos, el centro de pruebas. Allí se construye el prototipo del cohete más grande jamás diseñado, una máquina tan grande como un edificio, pero pensada con la sencillez como principio, el Lete 3.

—Los Lete 1 y 2 han sido los que han financiado esta misión, ¿no?

—Eso es. Versiones más pequeñas, pero perfectamente funcionales para transportar sondas a cualquier parte del sistema solar. El Lete 3



debe ser tan poderoso como la imaginación de los que lo soñaron. Debe enviar no solo personas sino también equipamiento, transporte, materiales de construcción, alimentos, agua, plantas, experimentos científicos y mil y una cosas más que hacen falta para una colonia, o como desees llamarla, en Marte.

—Pareces muy ilusionado. —El cambio en Virgilio era evidente. Había pasado de un cabreo monumental por tener que incorporar a alguien no deseado al proyecto a contarle con ilusión la historia de la compañía. En el fondo, había encontrado con Alberto un nexo que compartía con poca gente, y no era precisamente el interés en las series de ciencia ficción. Era esa sensación de que en el mundo hay algo que no funciona bien.

—¿Quién no lo estaría? Soy el director técnico del mayor proyecto de exploración de la historia de la humanidad, no es solo la cumbre en la carrera de una persona sino también la envidia de cualquier interesado en la conquista espacial. Ahora, es el momento de continuar con la visita. Te contaré más una vez estemos abajo.

Bajaron de la terraza del edificio y continuaron por la cuesta mientras Alberto pensaba en lo mucho que le costaría volverla a subir.

Llegaron a la plaza central y pararon justo en el centro. Virgilio comenzó a explicar la lógica detrás de la distribución del complejo.

—Los edificios se han diseñado y construido especialmente para este proyecto. Antes esto era un polígono industrial que había sido abandonado a finales del siglo XX debido al declive industrial de la región. Se derribó todo y se empezó de cero. En sentido horario desde el primero que ves al entrar, la funcionalidad de cada uno de los seis

edificios es la siguiente. Cohetes, viaje espacial, subsistencia, agua, minería y ciencia. Como sabes, el centro de control está en lo alto de la colina.

—Entiendo que es un orden cronológico basándose en las necesidades del proyecto. ¿Por qué la ciencia está al final? —preguntó Alberto, curioso.

—Buena puntualización. Primero se necesitan los cohetes para partir del planeta madre, luego en el viaje debes prepararte para tu objetivo, al llegar necesitas subsistir y conseguir agua. Finalmente necesitarás hacer minería para poder hacer construcciones y experimentación. La casa de la ciencia se refiere a la que tendrán que hacer los nuevos marcianos e incluye medicina, investigación, diseño de materiales y construcciones, ... Está al final porque la ciencia que los lleva hasta allí la estamos haciendo ahora y una vez allí tendrán que desarrollar una totalmente diferente que les permitirá subsistir en un planeta hostil.

—Me gusta la idea de llamarlos marcianos, mucho más que la de una colonia de terráneos en Marte. Continuemos por favor, ¿Podemos ir a la casa de Cohetes?

—De acuerdo, y de camino me cuentas tu historia.

Aunque el diseño de los edificios era esencialmente el mismo, los detalles los hacían distinguirse entre ellos. La casa de cohetes tenía toda su fachada pintada en un color azul oscuro, casi negro, con una nebulosa llena de pequeñas estrellas.

En la puerta, las toberas de un gran cohete V2 de los que se usaban en la segunda guerra mundial por el ejército alemán recordaban la fina

línea que separa la aventura espacial de la locura humana. Era el turno de Alberto.

—En los últimos meses he estado trabajando en desarrollar la idea de una nueva sociedad, que partiera de cero sin las limitaciones e imposiciones terráqueas. Empecé a trabajar solo, pero como te decía, lo terminé publicando en una serie de foros. Yo ya había creado los principios generales y era el momento de pedir ayuda para cerrar los detalles. Publiqué en lugares de debate sociales y políticos y la idea fue cobrando fuerza, poco a poco. ¿De dónde sale ese V2? Es una joya histórica, sin duda.

—Lo es, y tiene una historia curiosa que empieza en el final de la segunda guerra mundial y acaba en este complejo en nuestros días. Otro día te la cuento.

Alberto y Virgilio entraron en la casa de cohetes. Atravesaron un pasillo largo que tenía despachos a ambos lados. Virgilio llamó a una puerta y una voz femenina autorizó la entrada. Tras un saludo cordial, Virgilio presentó a su compañera.

—Sonia, este es Alberto Alcalá, entra en el equipo en un nivel de coordinación que todavía no tengo claro. Alberto, esta es Sonia Solorzano, responsable de la casa de cohetes y de las vidas de las personas que enviemos a la conquista de Marte.

—Encantado —dijo Alberto mientras sacudía la mano de Sonia—. Siento llegar sin mayor aviso, pero mi incorporación ha sido muy precipitada.

Mantuvieron durante unos minutos una conversación de cortesía en

la que hablaron brevemente de las dificultades impuestas por las firmes medidas de seguridad para entrar al complejo.

Tras unos minutos, Alberto preguntó por lo que verdaderamente le interesaba.

—¿En qué estado está el proyecto de los cohetes?

—Como sabrás, ya tenemos firmados contratos con la Agencia Espacial Europea y algunas agencias privadas para el reabastecimiento de la estación espacial internacional y la puesta en órbita de satélites. Nuestros cohetes Lete 1 y 2 ya están funcionando desde hace 10 años para llevar al espacio cargas de hasta 50 toneladas.

—¿Y eso es suficiente para llegar a Marte?

—No, no lo es. Por eso estamos trabajando en el Lete 3, con una capacidad de llevar al espacio hasta 180 toneladas. Hemos realizado las pruebas de funcionamiento con excelentes resultados y estamos preparando pruebas de aterrizaje vertical.

—Vaya, eso no es información pública.

—Tienes tarjeta verde —dijo Sonia señalando a la identificación que colgaba de su cuello—. Lo cual te da acceso total a toda la información confidencial del proyecto. Lo estamos tratando de mantener en secreto para mantener a la competencia alejada, aunque sabemos que ellos también están trabajando en cohetes similares y que además están muy bien informados de lo que hacemos nosotros.

Sonia los acompañó a visitar el edificio.

Revisaron planos, maquetas y vieron muchos videos con infografías sobre el futuro de los cohetes de la compañía. Finalmente entraron en la

gigantesca habitación que contenía la nave.

El Lete 3 era un monstruo de 110 metros de altura y casi 10 de diámetro. Constaba de 3 fases que, a diferencia de los Lete 1 y 2, no eran recuperables de ningún modo. Alberto preguntó por qué, más por cortesía hacia su interlocutora que por verdadero interés. Sonia le explicó que el hecho de mantener combustible para la recuperación bajaba considerablemente la autonomía y que la prioridad era llevar en cada cohete la mayor carga posible. Además, se debía conservar para el aterrizaje de la última etapa en destino.

—El Lete 3 usa metano y oxígeno líquidos como combustible en todas sus fases. Son baratos de producir, relativamente fáciles de manejar y eliminan las complicaciones de los propelentes sólidos a la hora de gestionar la combustión. El tercio superior del cohete lo ocupa la carga útil. Aunque el objetivo principal pudiera ser la conquista de Marte, se han diseñado de forma que es fácilmente reemplazable por un transporte de equipamiento inorgánico.

—De esa forma podéis usar varios Lete 3 con pocas modificaciones para transportar todo lo que necesitarán los marcianos. Tanto personas como materiales.

—Eso es. En el diseño que estamos viendo ahora, este extremo lo ocupa la zona habitable en la que los elegidos se encerrarían durante varios meses hasta llegar a Marte. El viaje durará no menos de 6 meses, en función de la ventana de lanzamiento y la distancia entre los planetas. El habitáculo debe contener todo lo necesario para la subsistencia independiente de los viajeros. Todavía no está cerrado el contenido del módulo para garantizar la supervivencia de los

astronautas durante el viaje, pero hay varios diseños que se están estudiando.

Tras dos horas visitando la instalación y revisando esquemas, Virgilio y Alberto se dirigieron a la siguiente casa, la del viaje espacial. Alberto continuó con su historia mientras paseaban tranquilamente hacia su destino.

—Tras unas semanas en las que mucha gente participó en los foros públicos aportando grandes ideas, empezaron a aparecer personajes que no añadían información, solo ruido. Decidí fundar una comunidad independiente en una web que construí yo mismo. Allí pude invitar a las personas que consideraba que aportaban más a la sociedad.

—Cada vez estás poniendo en evidencia que eres un dictador. Solo invitas a tus amigos a participar en el diseño de la forma de gobierno e incluso impides el acceso a los que no te gustan—. Virgilio estaba poniendo a prueba las decisiones de Alberto y su capacidad de respuesta.

—Pensé durante mucho tiempo sobre eso y reconozco que me costó tomar la decisión, pero el debate había desaparecido y se perdía el tiempo con discusiones ímprobos. Las bases de la sociedad se habían definido y había que perfilar los detalles.

—¿Cuáles son esas bases?

—El primer principio es el derecho de todo el mundo a vivienda, comida y recursos básicos para la subsistencia. La robotización y producción de alimentos y materias básicas automatizadas permite que cada persona se centre en hacer lo que mejor se le da y no preocuparse

de tareas triviales. El segundo principio es la desaparición total del dinero y cualquier intercambio de recursos.

—¿Cómo se cubren esas necesidades básicas? ¿Hay un gobierno para controlarlos a todos? ¿Qué pasa si deja de funcionar? ¿La gente muere de hambre?

—El gobierno se centra en la producción de elementos y la coordinación de los ciudadanos para cubrir sus necesidades básicas. Puede estar centralizado en una administración o dividirse entre los ciudadanos, aunque estoy desarrollando otro sistema que creo será mucho más eficiente, hablaremos de ello en el futuro. Vamos con el tercer principio. Los ciudadanos, a cambio, ceden a la sociedad los resultados de su trabajo o investigaciones.

La casa del viaje espacial era la que más personas tenía trabajando actualmente. Todo el mundo estaba concentrado en resolver los problemas derivados de encerrarte en una bomba con varias personas desconocidas durante varios meses. Los principales problemas de la vida en el espacio se maximizan cuando no hay posibilidad de enviar suministros de oxígeno o alimentos desde Tierra.

Alberto habló con muchos miembros del equipo en su visita al edificio. Varios grupos de personas reclutados de las agencias espaciales europeas y americanas habían proporcionado no solo información sino experiencia en el diseño de las cápsulas de transporte. Actualmente se encontraban en fase de pruebas de uno de los modelos más prometedores. Se lo contó Mateo Márquez, responsable de la casa.

—La cápsula se ha diseñado para alojar a 6 u 8 personas en el viaje a Marte. Puede transportar unos 1500 kilos de oxígeno, suficientes para la

respiración de todos durante 8 meses según los cálculos realizados, pero contamos con que el viaje dure entre 6 y 7. La generación de oxígeno y los sistemas de reciclado de agua son dos elementos indispensables que trabajan directamente conectados entre sí. Las aguas residuales se reciclan para uso humano y también para generación de aire respirable que sirve como sistema de reserva.

—Interesante.

—Sí. Además de lo expuesto anteriormente, el *Lete 3* tiene capacidad para 16 toneladas de agua y 36 de alimentos, suficientes para un viaje de 8 meses según las estimaciones que se tienen basándonos en el conocimiento adquirido de la NASA y la ESA. Además de la zona de carga y aviónica, la cápsula está diseñada para disponer de un habitáculo común de unos 30 metros cuadrados para los viajeros y una celda individual para cada uno de ellos.

—¿Cómo superaréis los problemas derivados de la claustrofobia y el miedo al viaje y a lo desconocido?

—Seguimos buscando formas de solucionarlo. En esencia, le damos un habitáculo confortable que les permite privacidad y programamos actividades para que se mantengan ocupados. Estamos pensando seriamente administrar drogas para evitar la depresión y las enfermedades mentales, imagínate el problema si alguien se vuelve loco ahí fuera.

Alberto pasó el resto de la mañana en la casa. Aprovechó la comida para continuar contando su historia a Virgilio.

—Mi página web empezó a ganar cierta relevancia entre



determinados círculos sociales. Todo marchaba muy bien en la construcción de los detalles de la sociedad.

—Hasta que un día...

—Hasta que un día se lio todo. —Agachó la cabeza e hizo una breve pausa—. Si no te importa, prefiero no seguir hablando de eso.

—Hablemos entonces de tu trabajo. ¿Cuáles son los parámetros que vas a utilizar para escoger a los nuevos habitantes del planeta rojo? ¿Te vas a basar en lo que han propuesto unos frikis? ¿Qué hay de las capacidades físicas necesarias por los astronautas? ¿De las necesidades técnicas para sobrevivir en Marte? ¿De los requisitos para manejar el equipamiento, o el material de minado, los invernaderos, el reciclaje del agua...?

—Virgilio, no soy estúpido, todo eso se tendrá en cuenta, pero no podemos enviar gente a Marte, en un viaje que puede volverlos locos sin seleccionarlos cuidadosamente. Lo que decidamos en los próximos meses servirá de base para la conquista de un planeta. ¿Te das cuenta de lo importante que es? ¿de los problemas que puede haber si no lo preparamos bien desde el principio? Está claro que hay motivos técnicos que influyen y todo forma parte del baremo, pero no puede quedar en manos de cualquiera.

—Espero que esto no se convierta en el mayor error de la humanidad. Cientos, incluso miles de vidas pueden estar en tus manos.

—Piensa que he trabajado durante años en las bases de lo que debe llegar a ser una sociedad perfecta, tenemos la oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva de todos los errores del pasado, de sentar las

bases de la siguiente escala de la evolución social del ser humano, de crear una sociedad utópica.

—Ya sabes cómo acaban esas sociedades utópicas. Un mundo feliz, La isla, ...

—Y exactamente por eso vamos a eliminar los puntos débiles y llegar a la verdadera utopía. Debes confiar en mí, Virgilio. Sé que te costará, pero a medida que me vayas conociendo sabrás que soy la persona adecuada para ello. ¿Te has parado a pensar que vivimos en una sociedad basado en el conflicto? Cualquier acto, cualquier decisión está tomada por encima de las opiniones de otros o ignorando el criterio de un experto. ¿Podemos seguir viviendo durante más tiempo en la Tierra sin mentir, sin dejar que los más fuertes se aprovechen de los demás? ¿Sin que alguien que tiene poder haga lo que le da la gana simplemente porque está ahí? No repliquemos en Marte los errores de nuestra historia, partamos de una idea y desarrollémosla para llegar a una sociedad mejor, más humana, más igualitaria, menos conflictiva.

—Todo lo que dices me suena a ciencia ficción. Me parece simplemente irrealizable. El conflicto está en la naturaleza humana, en lo más profundo de su ser. No podemos eliminarlo porque es parte de nuestro ADN, de lo que somos realmente, porque hemos evolucionado desde animales que se mataban por un trozo de carne o por copular con la hembra con las caderas más anchas. Está en nosotros y no podemos evitarlo.

—Seguiremos hablando de esto en otra ocasión.

Alberto entendía que no confiara en él, pero no era el momento de convencerlo, así que pidió que continuara la visita. No tardaron en

llegar a la siguiente casa.

—Entiendo entonces que estáis trabajando en las tareas que deberán ejecutar los viajeros una vez lleguen a Marte. —Alberto hablaba con Miriam Miranda, directora de la casa de la supervivencia.

—Sí, esencialmente se trata de mover las naves a un lugar que permita conectarlas para que se asiente la colonia y comenzar cuanto antes la producción de alimentos, agua y oxígeno.

—Estaréis entonces muy relacionados con la casa de la ciencia, ¿no?

—No mucho, la verdad. Ya habrá tiempo para empezar a hacer ciencia, lo principal ahora mismo es asegurar la supervivencia. Poca ciencia habrá si no producen oxígeno. Estamos muy relacionados con la casa del agua, de hecho, yo la dirijo también. Agua y supervivencia están enlazadas directamente y yo soy la mejor preparada para organizar las casas.

—Ya veo. ¿Cómo vais a producir agua en Marte?

—La principal fuente de agua es el propio subsuelo, sabemos a ciencia cierta que hay millones de litros de agua a unos centímetros por debajo de la superficie. Solo necesitamos poder extraerla sin que se sublime y estamos trabajando intensamente con la casa de la minería para conseguirlo. También tenemos sistemas de reciclaje y reaprovechamiento de agua.

—¿Destiltrajes?

—No sé de qué me hablas.

Virgilio había entendido la referencia y tomó el testigo de la respuesta—. La posibilidad de fabricar trajes que permitan la recogida y

el purificado automático del agua que emite el cuerpo está todavía lejos. De momento conseguimos almacenar la mayor parte del agua producida por el cuerpo para después volcarla en los sistemas de reciclaje.

Estuvieron revisando posibilidades hasta bien entrada la tarde, Alberto lo estaba pasando tan bien conociendo a las personas que coordinaban la misión que, a pesar del cansancio y el estrés que suponía la incorporación a un proyecto tan descomunal, decidió seguir visitando las casas que le quedaban. La siguiente era la casa de la minería, gestionada por Sergio Serrano, un hombre grande y corpulento.

—He estado hablando antes con Miriam y me comentaba que uno de los problemas con los que se enfrenta es evitar la evaporación del agua extraída del subsuelo marciano.

—Sublimación. Cuando el agua pasa directamente de estado sólido a gaseoso se llama sublimación.

—Disculpa.

—No hay de qué. Estamos desarrollando sistemas que minimizan la pérdida a través del aumento de la presión en una microcúpula que generamos en el punto de excavación. Lo probamos en unas cámaras de presión reducida y, aunque todavía estamos lejos, estamos consiguiendo resultados en los que reducimos la pérdida de agua progresivamente.

—Ahá. ¿Entonces, confías en tenerlos a tiempo para el despegue?

—Sí, no me cabe la menor duda.

—¿Y qué hay del resto de infraestructuras?

—Para eso necesitamos otros materiales distintos al agua. Para extraerlos usaremos sistemas tradicionales. Búsqueda de minerales a través de catas, exploración y sistemas de perforación, lo más grandes posible.

—Entiendo, en este caso cuanto más grande mejor, ¿no?

—Eso es. Puede parecer simple, pero es práctico. Cuanto más grande sea la perforadora más material podremos extraer. Por eso estamos trabajando en máquinas desmontables o que al menos puedan reducir su espacio durante el viaje.

—Interesante.

Las siguientes horas centraron la discusión en los sistemas de procesamiento de minerales y las fábricas para elaborar materiales más complejos. Se trataba de replicar los sistemas actuales en la Tierra en un nuevo planeta, cosa que a Alberto le parecía bastante compleja. Con frecuencia se apoyaban en la casa de la ciencia, última visita, en la que conocieron a su responsable.

—Bienvenido al proyecto, me llamo Carolina Cartagena y como ha comentado Virgilio soy la responsable de la casa de la ciencia.

Carolina enseñó las instalaciones a Alberto que se sorprendió de que los científicos trabajaran con trajes especiales en un entorno que replicaba un asentamiento en atmósfera marciana.

—Como te había comentado, esta casa se dedica a estudiar la ciencia que los marcianos tendrán que hacer en el planeta rojo, no la que se hace en la Tierra. —Virgilio trató de explicar las razones de aquella

estructura al ver la cara perpleja de Alberto.

—Al principio intentamos hacerlo en las condiciones terrestres — continuó Carolina—, pero enseguida nos dimos cuenta de que pensábamos como siempre y no proponíamos nada nuevo. Fue en el momento en el que nos encerramos en atmósfera marciana y nos pusimos los trajes cuando nos dimos cuenta de que deberíamos hacer cosas diferentes. Diseñamos sistemas de cambio de presión para que las salidas al exterior fueran poco traumáticas, trajes especiales para la investigación en condiciones extremas, sistemas de retroalimentación para reducir los residuos, herramientas, compuestos, materiales, y un sinnúmero de dispositivos para facilitar el trabajo a los futuros habitantes del planeta Marte.

La visita continuó hasta bien entrada la noche. Finalmente, y tras recibir presiones cada vez más directas para darle fin, Alberto fue conducido por Virgilio a la salida del complejo. Agotado, pero orgulloso de formar parte de aquel proyecto, se despidió del que había sido su acompañante durante todo el día.

—Me alegro de haber sido escogido para participar en este proyecto, Virgilio. Es un sueño que nunca pensé que se haría realidad y estoy deseando empezar a trabajar.

—Tienes una pesada carga sobre tu espalda. Espero que ese peso no te aplaste y no olvides los objetivos últimos de la misión.

Sin duda aquel proyecto estaba descansando sobre los hombros de dos gigantes que tenían grandes esperanzas en dar el siguiente paso en la evolución humana.

Sus objetivos eran muy complejos y a largo plazo, pero estaban seguros de llevarlos a buen término.

Sin embargo, las cosas no siempre salen como uno piensa que van a salir.

## Capítulo 6

Almería, 25 de junio de 2048.

Matilde se despertó aquella mañana muy temprano. Era el día del lanzamiento. Tras muchos años de preparación, el hombre estaba a punto de enviar la primera expedición con seres humanos a Marte, y no era una expedición cualquiera, era una misión que dejaría al hombre permanentemente en otro planeta. Más de 100 personas se estaban preparando para abandonar la Tierra, probablemente para nunca retornar.

Aunque era subinspectora de la policía nacional de la unidad central de criminalística en Almería, siempre había sido una apasionada del espacio que no tenía problema en demostrarlo ante nadie. Probablemente por ello le asignaron este caso.

Estaba desayunando en casa leyendo las últimas noticias, en las últimas semanas estaba habiendo disturbios en Almería debidos a una disputa entre los dos principales partidos políticos regionales por la



cantidad de agua que debían trasvasar las regiones del norte del país a las regiones del sur, castigadas por la reciente sequía. Tras leer el titular, cambió a la sección de ciencia, por si había algo interesante, aquello solo la ponía de mal humor.

Terminaba el café cuando recibió la llamada. Al principio se molestó de que la llamaran para hacer un trabajo de campo, pero no pudo sentirse más emocionada cuando supo que tendría que ir a la mismísima plataforma en la que saldrían las primeras naves rumbo al planeta rojo. Apuró el desayuno, se vistió rápidamente y salió en su coche rumbo al centro espacial.

Matilde calculó que tardaría poco más de una hora en llegar desde su casa en Almería, así que ordenó al coche que encendiera la radio y que sintonizara una cadena de informativos cualquiera.

“Y ayer, dos grupos de ecologistas se enfrentaron a causa de sus opiniones opuestas sobre la conveniencia o no de reciclar el hueso de la oliva de producción nacional. Lo que inicialmente había sido una reunión para debatir el modelo de desarrollo del sector olivar, se ha convertido en una batalla campal en la que han resultado heridas dieciocho personas. Tres de ellas se encuentran en estado grave con pronóstico reservado. El gobierno ha sido tajante y, tras enviar a los antidisturbios, ha manifestado su intención de emitir un decreto ley para la prohibición de la producción de aceitunas con hueso. El consorcio de productores de aceitunas de Andalucía no ha tardado en emitir un comunicado anunciando su disconformidad con la medida, las probables consecuencias en la economía regional, así como nuevas manifestaciones.”

La subinspectora apagó la radio, preparó su podcast favorito, y disfrutó de las últimas novedades sobre ciencia mientras llegaba a la isla. Aquel día, los contertulios, que trabajaban en un importante centro de investigación público español y que ya estaban entrados en años, hablaron precisamente del programa espacial Lete y de cómo una empresa privada, sin usar ni un solo céntimo de dinero público, había conseguido organizar una misión exploratoria al planeta rojo. El presupuesto total de la misión era desconocido, aunque las estimaciones hablaban de cantidades ingentes de dinero que provenían de las diversas empresas punteras con las que contaba Leticia Lete distribuidas por todo el planeta.

Matilde pidió al asistente personal del coche información sobre la compañía. Lete Corp era la mayor de un entramado corporativo que abarcaban muchos campos, desde la generación de energía hasta la investigación médica o la bioingeniería y era admirada por millones de personas en todo el mundo a pesar de que su dueña, Leticia Lete, nunca se dejaba ver.

Ella era una de esas personas que admiraban su trabajo. Había seguido a Lete Corp en informativos específicos, podcasts y redes sociales desde que empezó a enviar suministros a la Estación Espacial Internacional hacía más de 20 años. En este tiempo había visto como había pasado de ser una pequeña empresa con grandes aspiraciones, a convertirse en un monstruo que estaba a punto de ser la primera organización en enviar seres humanos a pisar la superficie de Marte.

—Marte. ¿Te das cuenta? En apenas unos meses habrá seres humanos caminando por Marte —Se dijo a sí misma.

Imaginó cómo sería la vida en el planeta rojo. La compañía había filtrado información sobre la base que se establecería una vez llegaran a su destino. Las naves formarían una especie de colmena en la que compartirían recursos. Los documentales sobre cómo sería habían surgido como setas y a ella le gustaba repasarlos una y otra vez. Unos eran más positivistas y dibujaban un mundo perfecto, que sin duda envidiaríamos al poco de haberse formado. Otros hablaban del impacto del hombre en un planeta que no estaba preparado para alojarlo. Se imaginó a ella misma enfundada en un traje de presión, saltando entre dunas de color rojo. Quizá fuera el momento adecuado para solicitar una entrevista de trabajo para ir a Marte. A fin de cuentas, siempre hay alguien dispuesto a cometer un delito, por muy idílica que sea la sociedad.

Dejó a su mente volver a la Tierra y pasó el resto del trayecto tratando de averiguar más información sobre la empresa y el proyecto. Ya que no habían utilizado dinero público, sino que era una inversión de una empresa privada, no había información disponible para los servicios de seguridad. Además, debido a la cantidad de corporaciones que trabajaban en el sector tratando desde hace generaciones de llegar a Marte, Lete Corp se había encargado de mantener a buen recaudo toda la información que no desearan revelar sobre el proyecto.

Estaba convencida de que un inspector que trabajara en la policía nacional, el CNI y hasta la guardia real le bastaría con levantar el teléfono, hacer una llamada y conseguir gracias a favores no pagados el número de teléfono del chofer de Leticia Lete. Lamentablemente ella solo conocía a los camellos locales, que pasaban información a cambio

de que les dejaran con sus trapicheos, así que al poco abandonó la investigación y se limitó a contemplar el paisaje.

Al cabo de unos minutos y tras pasar entre unas colinas gris oscuro y peladas de vida que Matilde imaginó en color rojo como anunciando la llegada al nuevo hogar de la humanidad, divisó a lo lejos su destino.

La plataforma de despegue se había construido en una isla artificial junto a la costa de Almería, cerca de un parque natural de forma que los lanzamientos pudieran hacerse hacia el Mediterráneo y con una afectación lo menos agresiva posible al medio y a la población del país.

Isla Lete era una impresionante infraestructura creada específicamente para la construcción y lanzamiento de los cohetes que se diseñaban por Lete Corp. Aunque la compañía aseguraba que se había construido con el máximo respeto al medio ambiente, desde el principio habían surgido escándalos azuzados por las grandes ONGs ambientalistas y rápidamente silenciados gracias a las donaciones y aportaciones a gobiernos locales, regionales y nacionales realizadas por la fundadora.

La isla tenía forma cuadrada y un tamaño aproximado de 5 kilómetros de lado. Se comunicaba con la costa a través de un puente de 500 metros de largo y 4 carriles de ancho. La cercanía a varios puertos y aeropuertos de relevancia permitía el rápido suministro de materiales necesarios en el proyecto y el esparcimiento ocasional para los que trabajaban en ella.

Las oficinas y los edificios de ensamblaje de vehículos se encontraban en la zona de la isla más cercana a la costa mientras que en la zona que más se adentraba en el mar estaban las plataformas de

lanzamiento. Había un total de 20 edificios de gran tamaño rodeados por zonas verdes y pequeñas oficinas, todo conectado por una red de carreteras que recorría la isla.

Aunque todavía estaba a unos 10 kilómetros de distancia, ya veía los edificios principales del complejo y las plataformas de lanzamiento sobre las que se erigían los Lete 3. Impresionantes moles humeantes de metal que apuntaban directamente al cielo, señalándolo amenazantes en una especie de advertencia.

—Prepárate Marte, dentro de nada estaremos allí, y te vamos a cambiar para siempre. Llegaremos con nuestras máquinas, con nuestra contaminación, cambiaremos el terreno y da por hecho que hasta intentaremos cambiar tu atmósfera. ¿Creías que te librarías de nuestra locura? ¿De nuestra infinita sed de recursos? Lo siento, pero estás jodido.

Matilde hablaba sola en el interior de su coche. Aunque seguía conservando la ilusión infantil por el viaje a un nuevo mundo, sabía que aquello acabaría como cualquier otra invasión. Quizá la diferencia en este caso sería que no había a nadie a quien matar cuando llegaran a su destino.

Lete Corp había jurado y perjurado ante la prensa que se habían diseñado los procedimientos de forma que se respetara al planeta, pero nadie acababa de creérselo.

A medida que se acercaba, las estructuras se perfilaban cada vez más. Había varias plataformas de lanzamiento que estaban comunicadas mediante grandes raíles con los edificios de ensamblaje. Aunque nadie ajeno al proyecto había podido entrar en la isla, los

rumores decían que contemplar la salida del sol desde ella proporcionaba una experiencia tan estimulante que merecía la pena vivirla.

Cuando llegó a la carretera que la conduciría a la isla Lete, Matilde se encontró con el primer control de seguridad. Cacheos, rayos X e inspección minuciosa del equipamiento que portaba. Una vez pudo seguir, continuó por el acceso hasta entrar en la isla. En el siguiente control de seguridad la hicieron esperar hasta que alguien la acompañara a su destino. Le colgaron una identificación y le hicieron firmar varios acuerdos de confidencialidad antes de poder adentrarse en el complejo. A los pocos minutos se aproximó a ella una chica alta, de ojos azules y rubia. “Sin duda ha nacido muy lejos de Almería”, pensó Matilde. Iba acompañada de un armario alto y uniformado que daba por hecho era el responsable de seguridad del centro. Probablemente la rubia fuera la encargada de conseguir que aquello fuera lo menos lesivo posible para la compañía.

—Buenos días, Matilde. Me llamo Anne Andersson y trabajo en el equipo de relaciones públicas de Lete Corp. Me acompaña Ignacio Iglesias, director de seguridad del centro.

Anne tenía un marcado acento nórdico, probablemente de Suecia, aunque hablaba castellano con la soltura suficiente como para hacerse entender.

—El equipo está consternado por lo que ha ocurrido y queremos colaborar en la investigación todo lo que sea necesario. Cuente conmigo para cualquier información que necesite. Es mi obligación informarle de que, por motivos de seguridad, le acompañaremos durante toda la

visita al complejo.

—Gracias Anne. Imagino que mis compañeros de la policía científica ya han llegado.

—Es correcto —dijo Anne mientras la acompañaba y la invitaba a montar en un coche eléctrico—. Acompáñame y le llevaré con ellos. Están trabajando con el cuerpo desde las 7 de la mañana.

El tal Ignacio no abrió la boca ni para saludar. Se limitó a estrujar con fuerza su mano y a mantenerse permanentemente a una distancia de 5 metros.

Matilde estaba asombrada por las dimensiones de aquel espectáculo para los espaciotranstornados. No solo la isla, que había sido construida por la propia empresa, era una maravilla de la ingeniería, sino también de los edificios que la cubrían. Trató de disimular sus sentimientos, no quería que esto influyera en su cometido, a fin de cuentas, no estaba allí para hacer turismo sino para resolver un crimen.

Tardaron unos 10 minutos en pasar junto a la plataforma de lanzamiento 1, Anne había investigado a Matilde y sabía cuáles eran sus aficiones por lo que decidió que debían pasar por allí con la intención de influirla en su favor, aunque supusiera dar un rodeo. A pesar de que Matilde era una aficionada a la exploración espacial y había visto incontables vídeos en YouTube de lanzamientos espaciales, la impresión que se llevó al ver de cerca la gigantesca infraestructura de la plataforma la dejó sin palabras durante unos segundos.

Allí estaba, no solo la plataforma sino el primer Lete 3 que iría a Marte, listo para el despegue. Sintió como se le encogía en el corazón y

no pudo ocultarlo. Anne vio la fascinación en la cara de Matilde y aprovechó la situación.

—La plataforma tiene casi doscientos metros de altura y pesa 1000 toneladas. Nunca me canso de verla, siempre que vengo a la isla paseo durante unos minutos por aquí antes de entrar en las oficinas. Me ayuda a recordar que, a pesar de la fragilidad del ser humano, con esfuerzo y dedicación es capaz de crear una maravilla como esta. El cohete es un Lete 3. El que ve aquí es el primero que partirá hacia Marte, contiene la primera tanda de marcianos, suministros y material.

—¿Marcianos?

—Sí, desde hace varios años los llamamos así pues serán los primeros habitantes humanos de un planeta distinto a la Tierra.

Siguieron su camino hacia su destino, el centro de gestión de la isla. Allí, tras pasar dos nuevos controles de seguridad, arcos detectores de metales y escáneres de rayos X finalmente consiguieron entrar en el edificio. Se trataba de un complejo de 5 pisos de oficinas abiertas en el que trabajaban probablemente varios cientos de personas. En el tercer piso estaban los despachos de los principales responsables del proyecto todos conectados a través de un amplio hall decorado con grandes plantas y una imponente escultura de un efebo señalando al cielo.

—Sus compañeros ya están en el despacho. Por favor, sígame.

Dos personas vestidas con uniforme policial y una bata blanca que lo cubría estaban junto al cuerpo. Se trataba de un hombre de mediana edad que parecía estaba dormido sobre su escritorio, los brazos estaban cruzados bajo la cabeza, que descansaba girada hacia la derecha. No



había ninguna mancha ni rastro visible sobre la mesa más allá del polvillo usado por los investigadores para la toma de huellas.

—Gracias Anne por traerme hasta aquí. Le llamaré cuando terminemos —dijo Matilde.

—Me quedaré aquí con vosotros, tengo que acompañarle hasta que abandone el complejo. Normas de la empresa. Prometo que no voy a molestar.

—Está bien, pero póngase fuera del despacho, esto es una investigación policial y no quiero que se contamine la escena —La cogió de la mano y la acompañó hasta la puerta. Una vez que se aseguró de que Anne estaba lo suficientemente lejos como para no escucharlos, se dirigió a sus compañeros en voz baja—. Octavio, Rodolfo, contadme que ha pasado aquí.

—El equipo de seguridad ha encontrado el cuerpo esta mañana haciendo una ronda. Todavía no lo hemos tocado —comenzó Octavio.

—Se trata de un varón de unos sesenta o sesenta y cinco años, en buena forma física, no se aprecia a simple vista ninguna herida, contusión o hematoma que haya podido causar su muerte, pero como te decía mi compañero, aún no lo hemos tocado. La postura es muy natural, parece como si se hubiera dejado caer y hubiera muerto en esa postura.

—¿Ha podido sufrir un infarto? —preguntó Matilde.

—Si le hubiera dado un infarto en el despacho habría tratado de avisar a alguien, o de salir corriendo —continuó el primero—. No estaría en esta posición en la que parece que simplemente se ha dejado

caer. Podría ser que estuviera caminando por la zona y que le diera un infarto, se sentara aquí y muriera a los pocos minutos. Hay casos en los que los síntomas no se identifican correctamente y el afectado muere sin saber qué le pasa, pero no parece que sea el caso.

—No tiene síntomas de paro cardíaco —interrumpió Rodolfo—. De hecho, no veo síntomas de nada. No hay heridas, no hay marcas, no hay nada que parezca haberle causado la muerte. Me temo que hasta que no se complete la autopsia no sabremos qué le ha pasado.

—¿Suicidio? —insistió Matilde.

—Tampoco lo parece. Hemos estado revisando el despacho y no hemos encontrado pastillas ni tiene señales de envenenamiento. No hay marcas en el cuerpo ni armas, ni nota de suicidio.

—¿Entonces?

—El accidente tampoco parece probable, no tiene una postura compatible con ello. Una caída o un golpe violento le habrían dejado en una posición incómoda. Como decía Rodolfo, me temo que no tenemos nada para deducir las causas de la muerte. Hay que esperar a la autopsia.

Matilde se fijó en la cara del cadáver. No parecía que hubiera sufrido al morir, pero había una cierta expresión de sorpresa en su rostro. Estaba sentado, con los brazos rígidos y los ojos bien abiertos. Parecía que la miraban directamente a ella. Ya había visto esa expresión antes, la sorpresa ante la muerte repentina, el sentimiento de que se te está escapando rápidamente lo que te une a este mundo.

Dio un vistazo rápido al despacho. Era grande, con ventanales que

se abrían a la plaza central y que proporcionaban una vista agradable de los árboles que cubrían la superficie de la zona de oficinas. Los armarios estaban llenos de libros técnicos. Ingeniería aeroespacial, diseño de motores a reacción, sistemas de propulsión y temáticas parecidas.

No hay fotos familiares, solo muchos papeles sobre la mesa y varias pantallas conectadas a un ordenador portátil. Matilde revisó los papeles, separándolos con un bolígrafo sin tocarlos.

—Ese material es confidencial —se apresuró a decir la sueca.

—Ese material puede ser clave para la investigación, señora Andersson. Además, he firmado el acuerdo de confidencialidad.

Siguió explorando los papeles, aunque no entendía nada de su contenido. Solo por fastidiar a la rubia. Era una maraña de jerga científica, fórmulas y esquemas imposible de interpretar por alguien ajeno al proyecto.

—Nos llevaremos esto. Puede ser importante. ¿Cuánto hace que se ha encontrado el cadáver? —preguntó Matilde.

—Unas 3 horas. Basándome en el rigor mortis diría que ha fallecido hace unas 10 o 12 —dijo Rodolfo—. No te puedo decir a ciencia cierta cuánto tiempo está aquí, pero parece que murió anoche en torno a las 10 o las 12 de la noche.

Miró la puerta del despacho, tenía una placa con un nombre. Un nombre que Matilde conocía bien.

Matilde se giró para enfrentar a Anne.

—Necesito las grabaciones de las cámaras de seguridad. —Anne se

acercó a ella.

—Todas las estructuras comunes de la isla están llenas de cámaras de vigilancia, pero no hay ninguna aquí dentro. Es un despacho privado. No hay nada que vigilar aquí.

—Pues las de toda esta zona. Carreteras, caminos, ... Todo lo que conduce hasta aquí. También las de los pasillos de todo este edificio.

—Tendremos que volver a la entrada de la isla, allí está centralizada la seguridad del complejo. ¿Alguna idea de lo que ha pasado?

Matilde se dirigió a sus compañeros ignorando la pregunta de Anne.

—Completad el informe y ordenad la retirada del cadáver, quiero que comience la autopsia cuanto antes. Que lo lleven a Almería, directamente al instituto de medicina legal.

Matilde siguió mirando el cuerpo. No parecía el trabajo de un profesional y no estaba claro si la muerte había sido provocada conscientemente, sin embargo, un accidente habría dejado alguna marca más evidente. A la subinspectora no le gustaba esa falta de información y le resultaba extraño que aquello hubiera ocurrido precisamente aquel día.

No podía ser casualidad que a pocas horas del lanzamiento falleciera una persona tan relevante para el proyecto. Aquello tenía que ser un asesinato. Volvieron al coche y se dirigieron de vuelta a la entrada de la isla, en la zona más cercana a la costa. Anne comenzó la conversación.

—En los 10 años que llevo trabajando para Lete Corp, nunca había visto un incidente como este, los controles de salud son un tema muy

presente en la compañía y se refuerza siempre al personal para que no ocurran accidentes. ¿Tiene idea de cuándo terminará su equipo? Tenemos que reprogramar el lanzamiento.

—Probablemente terminen en un par de horas, pero necesito que mantengan la zona despejada durante un tiempo más, por si necesitamos volver a recoger pruebas.

—Espero que no sea demasiado, la ventana que tenemos para los lanzamientos no es muy holgada y si la perdemos el viaje se prolongará manteniendo a los pasajeros en el espacio un tiempo indeterminado. Probablemente tengamos que retrasarlo a otra ventana dentro de varios meses o incluso años, con el perjuicio económico que eso supone para la empresa.

—Después de todo el dinero que ha gastado la señora Lete en un proyecto tan grande como este, dudo que eso suponga un impedimento.

—Me temo que el perjuicio será también para la imagen de la compañía e incluso para la del país. Una muerte justo el día del lanzamiento nos pone en una situación muy complicada de cara a la opinión pública y a nuestros inversores privados. Hay muchos ojos mirando a esta isla, y una parte de esos ojos tienen mucho dinero preparado para más inversiones que sin duda seguirán a la exploración inicial.

—Todavía no sabemos si es un accidente, una muerte natural o un asesinato.

—Independientemente de lo que sea, la prensa emitirá su juicio y

empezarán a surgir rumores de asesinato, los conozco bastante bien.

—Eso lo tendrá que determinar la investigación. —Matilde estaba empezando a sentirse molesta. Anne había cambiado de actitud hacia ella y ahora era mucho más agresiva en su tono de voz.

—Tiene razón, Matilde. Lamento ser tan directa, pero necesito que se gestione de forma adecuada este incidente. Tenemos que mantenerlo confidencial hasta que la investigación tenga un resultado. Piense en el impacto en la economía local que puede tener todo esto. Miles de personas trabajan aquí, por no hablar del que puede haber indirectamente en proveedores o en el negocio local. Bastante está ocurriendo ya ahí fuera como para que lo compliquemos aún más.

—Mire, sé lo que intenta. Entiendo que no quiera que nadie se entere de lo que ha ocurrido, pero no va a poder evitar que se filtre a los medios de comunicación. Ellos siempre se enteran de todo.

—Eso no va a ser un problema, usted solo encárguese de la investigación y yo me encargo de todo lo demás. Asegúrese de no hablar con nadie que no sea imprescindible para el caso. Me pondré en contacto periódicamente con usted por si necesita algo. No dude en llamarme para cualquier cosa. —Entregó una tarjeta de visita perfectamente diseñada, minimalista, pero con la información necesaria. Un logo, un nombre, un email y un teléfono.

Continuaron el viaje hasta la oficina de seguridad. Si ya era difícil el acceso al complejo general, esta área estaba aún más protegida. Tardaron casi media hora solo en poder acceder al edificio.

Una vez allí, se dirigieron a la cabina en la que se encontraba el

equipo de vigilancia remoto. «Dentro de esta sala cabe mi casa» pensó la subinspectora mientras entraba. Un agente de seguridad las esperaba.

—Ya me habían avisado de que vendrían, así que me he permitido recopilar todas las grabaciones de las cámaras del complejo que pudieran estar cerca de los despachos. Son muchas, le advierto de que hay horas y horas de visionado. He incluido las cámaras exteriores de baja altura, las que están ubicadas en los edificios y las de las torres de vigilancia que permiten una visión de más profundidad del complejo. También las de todos los pasillos y zonas comunes del edificio central. Aquí tiene un plano para identificar los códigos de cada una de ellas. En total puede haber unas mil horas de grabaciones, las he almacenado en DVD para que pueda consultarlas más fácilmente. Necesito que me firme esta carta de confidencialidad. Ya sabe, normas de la empresa.

Matilde, resignada, firmó la carta y recogió los DVD. Tendría mucho trabajo revisándolas en las próximas horas o incluso días. Prefería haberlo hecho antes de que estuviera listo el resultado de la autopsia, así que le pidió a Anne que la acompañara a la salida para poder volver a Almería y ponerse manos a la obra. No se dirigieron la palabra hasta que llegaron a la última puerta de salida que la dejaría junto al aparcamiento en el que había dejado su coche. El armario seguía tras ellos, silencioso, pero constante. Matilde trató de ser educada al despedirse de Anne.

—Usted le conocía bien, ¿verdad?

—Claro, todo el mundo le conocía.

—Me gustaría que pensara en una lista de posibles enemigos que

pudiera tener. No hemos descartado ninguna posibilidad por lo que podría ser relevante.

—Sinceramente, creo que no tenía enemigos. Nunca lo he visto levantar la voz a nadie. Conseguía de forma natural que todo el mundo supiese lo que tenía que hacer, cuándo y cómo. Muchos en Lete Corp le admiran, sin duda su pérdida va a ser crítica para la misión.

—Por supuesto, era una persona bastante importante en el proyecto.

—Sí. Sin duda Virgilio Vizcaíno era una persona especial.

¿Quieres seguir leyendo?

<https://www.amazon.es/dp/B09LQXY3BH>